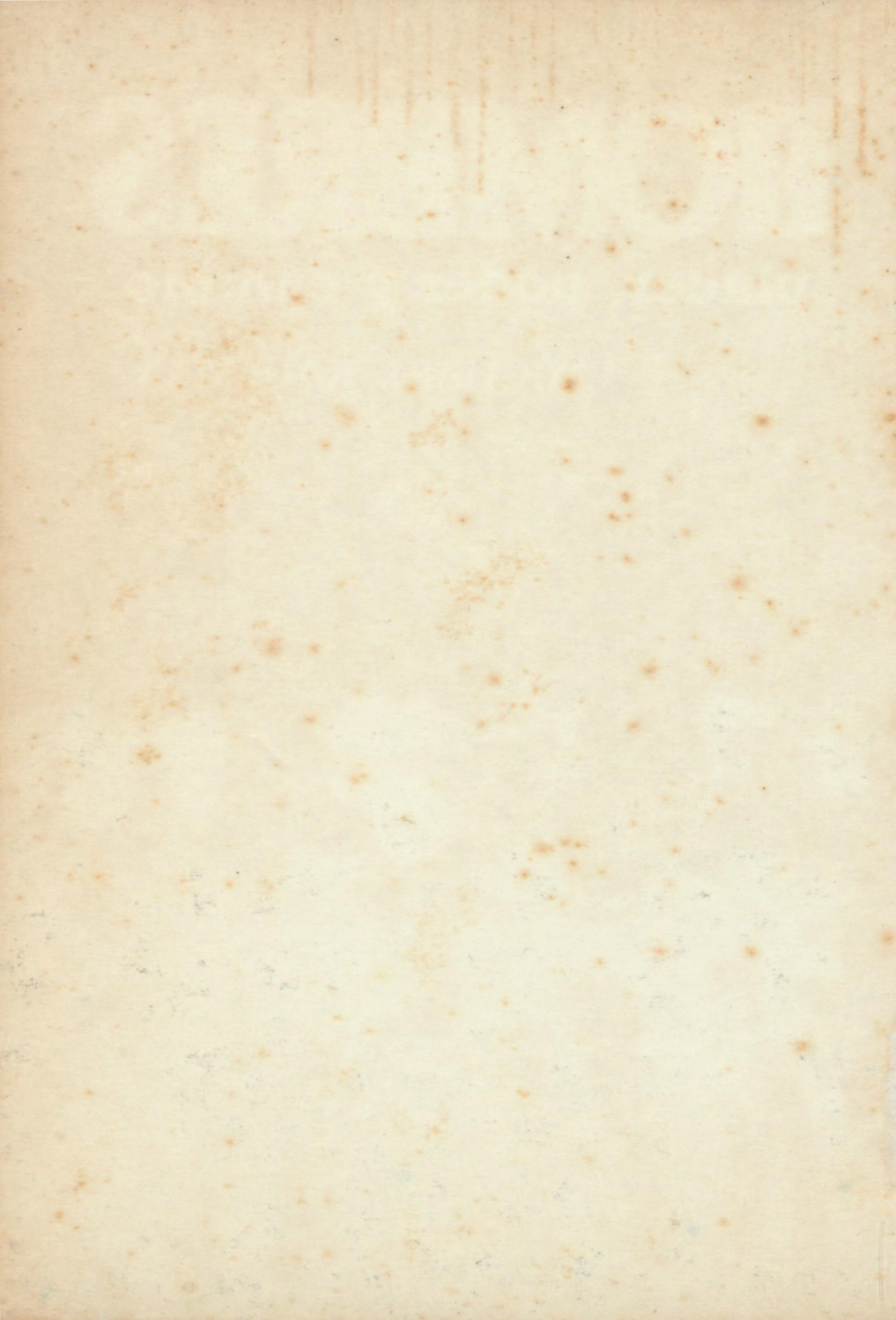


HOMBRES

placer, poder y cambio

MICHAEL KAUFMAN





305 31

K21h

1989

HOMBRES

placer, poder y cambio

HOMBRES
placer, poder y cambio

Pedro Pablo Blanco

HOMBRES
placer, poder y cambio

Michael Kaufman

Título original: Men, Power and Pleasure

By Michael Kaufman

305 . 3

B573h

Kaufman, Michael

Hombres placer, poder y cambio / Michael
Kaufman. — Santo Domingo : CIPAF,
1989.

99p. (Colección Teoría)

- | | |
|----------------|-----------------|
| 1. Hombres | 2. Masculinidad |
| 3. Patriarcado | 4. Sexualidad |
| I. Título | |



©, 1989, Propiedad del autor

Portada: Garabato

Editado por: Centro de Investigación Para la Acción Femenina (CIPAF)

Luis F. Thomén Nº 358, Ens. Quisqueya,

Apartado Postal 1744

Teléfonos: 567-0120 - 567-0129

Santo Domingo, República Dominicana

Impreso en Editora Taller, República Dominicana

Printed in the Dominican Republic

HOMBRES

placer, poder y cambio

MICHAEL KAUFMAN



AGRADECIMIENTOS

PRESENTACION

Quisiera agradecer a aquellos que contribuyeron con sus comentarios sobre los primeros borradores de este trabajo, en particular a mi padre, Nathan Kaufman, y a Gad Horowitz. Asimismo quisiera extender mi reconocimiento a los hombres con los que he trabajado en diversos grupos de asesoramiento, quienes me ayudaron a desarrollar nuevas ideas sobre la adquisición individual de la violencia y la masculinidad.

PRESENTACION

En muchas ocasiones, al finalizar un taller o encuentro entre mujeres, donde juntas hemos señalado la posibilidad de ser y de vivir en igualdad, algunas de las participantes han preguntado cómo podrán hacer partícipe también a los hombres de la alegría de pensarse en una sociedad sin opresión, sin discriminación, con amplias posibilidades de crecimiento personal y colectivo para todos sus integrantes, varones y mujeres.

En otras —aunque en menos ocasiones— hombres (padres, maridos, hermanos, amantes, hijos, novios, amigos), que leen nuestras publicaciones o que escuchan sin sorna y con espíritu abierto nuestras demandas y prefiguración de una sociedad plenamente igualitaria, también nos han preguntado cómo pueden participar en ese esfuerzo.

Durante mucho tiempo hemos carecido de respuestas a ambas peticiones o hemos contestado ambiguamente: conversar con ellos, reeducarlos, neutralizarlos, o simplemente, pedirles apoyo.

Algunos de esos hombres que desarrollan simpatías con nuestra causa se impacientan ante la falta de respuestas claras, y esclavos del estilo masculino deciden ellos su propio concepto de alianza que casi siempre termina marcada por el patriarcalismo interiorizado: invasión de nuestros espacios, intentos de trazarnos pautas, apropiación de nuestra voz.

Muchas de las confusiones y dudas, al igual que muchas de las rabias ante estos intentos de apropiación patriarcal hechos a nombre de "simpatías feministas" nos empezaron a ser contestadas o consoladas cuando empezamos a conocer a algunos de los grupos de hombres que, por falta de una mejor traducción, llamaremos "masculinistas".

Aunque todavía poco extendidos y casi desconocidos en nuestra región, estos grupos de hombres, con nombres y prácticas diversos, que desarrollan sus actividades en Estados Unidos, Canadá y algunas ciudades de Europa, tratan de dar un sentido nuevo a la alianza entre hombres y mujeres comprometidos con la erradicación de la subordinación de la mujer.

Sus simpatías hacia el feminismo, sus respuestas al reto que las mujeres hemos venido planteando, acerca de la necesidad de ampliar los conceptos de democracia e igualdad; nuestra crítica a la jerarquía y al autoritarismo patriarcal, ellos tratan de expresarla desde su propia práctica y desde su propia cotidiana vivencia, creando, generando espacios y modelos de reflexión y acción desde y para los hombres.

Muchos grupos masculinistas empezaron apoyando activamente las celebraciones de las feministas, los 8 de marzo o sus campañas reivindicativas, pero no tomándose la primera fila en las marchas, ni tratando de imponer sus consignas o de levantar sus banderas, sino realizando todo el trabajo "invisible" que nosotras

tradicionalmente hemos hecho para ellos: pintar carteles, mecanografiar invitaciones, vender bonos o crear espacios de cuidado infantil para que las madres puedan disfrutar unas horas de reflexión en un seminario o marchar por las calles.

Otros grupos trataron de ganar más adeptos para la causa de la igualdad entre sus propios congéneres, amigos, compañeros de trabajo o de partido, en vez de dedicarse a decirnos cómo debemos concientizarnos nosotras las mujeres.

Estos grupos de hombres que realizan campañas denunciando la violencia contra la mujer, que rechazan la pornografía y enfrentan a los violadores, que se reúnen en talleres de autoconciencia y que tratan de construir una explicación teórica que les permita transformar también sus vidas, crecen cada día y su potencial como aliados de las mujeres constituye un pilar importante en la lucha por alcanzar nuestra igualdad genérica.

La acción de estos aún pequeños grupos de hombres, que tratan de construir desde su propia práctica personal y política una nueva identidad como género despojándose del armazón patriarcal que los convierte en opresores, constituye a nuestro entender uno de los signos más esperanzadores de esta década marcada por tan terribles designios.

Es por ese convencimiento, que consideramos como tarea inaplazable traducir los artículos que hoy les presentamos y que forman parte de un libro que merecería una traducción completa, pero cuya extensión y costos desbordan nuestras posibilidades editoriales.

Sin embargo, consideramos que los artículos de Michael Kaufman y Gad Horowitz seleccionados de Beyun (ponen el nombre original en inglés), permitirán al lector (ra) adentrarse en el conocimiento de esta nueva y

esperanzadora propuesta y esperamos que sirvan también de soporte teórico y de orientación práctica a los hombres que en Latinoamérica empiezan a sentir que la democracia y la igualdad han de construirse no sólo en cada país, sino también en cada casa, en cada relación humana.

CIPAF

Julio/89

INTRODUCCION

En el Museo del Hombre Dominicano, en Santo Domingo, hay una vitrina que contiene dos antiguos esqueletos petrificados. Uno de los esqueletos corresponde a un hombre acurrucado cómodamente en posición fetal. Apretado contra este, el segundo pertenece a una mujer cuyas extremidades están contorsionadas. Su boca, abierta en un espasmo, muestra una perfecta dentadura y tierra petrificada donde una vez estuviera su lengua. Era costumbre de los taínos enterrar viva, a su lado, a la esposa favorita del hombre. De esta manera, esa mujer desconocida, una joven cuyos dientes una vez brillaban, yace en eterna agonía y horror, la boca abierta en un grito o un espasmo final por falta de aire, al lado de ese hombre desconocido que la consideraba su favorita.

Los taínos fueron exterminados de manera igualmente brutal por los conquistadores españoles y su siniestra costumbre sólo sobrevive en la memoria. A nosotros nos resulta fácil salir del museo, olvidar lo visto y pretender que este tipo de poder patriarcal ya no existe.

Pero, al salir entramos en el museo viviente que son las calles. El Museo del Hombre Dominicano fue construido en un terreno propiedad del dictador Rafael Trujillo, un hombre de nuestra época, con poder ilimitado, un poder sobre la vida y la muerte que habría avergonzado a los taínos. O, al otro lado de la ciudad, donde, de noche, bajo las luces del lugar donde se celebró la Feria Mundial de 1955, se reúnen las prostitutas que les sonríen y bailan a los hombres que pasan en sus vehículos.

Al caminar por el museo de hoy, nos encontramos con muchas exposiciones, con muchas piezas de nuestra época: el espectáculo de que las mujeres ganan menos que los hombres y raras veces tienen acceso a los mismos trabajos; la mujer que mendiga en la calle acompañada de sus tres niños; la mujer que regresa de su trabajo en una zona franca o de once horas de trabajo como doméstica para dedicar aún otras cinco horas a la preparación de la cena, la limpieza de la casa, el cuidado de los niños; la mujer que llega a su trabajo con un ojo amoratado y explica que se cayó por la escalera.

Podríamos hablar mucho más de esto. De hecho, hay cada vez más literatura, escrita principalmente por mujeres, que analiza detalladamente las diferentes formas de opresión de la mujer.

Podemos también mirar a los hombres, nuestros padres, hermanos, hijos y amigos. Veríamos hombres que amamos y hombres que odiamos. En ellos veríamos hombres que intentan vivir en sociedades que no están estructuradas para satisfacer las necesidades humanas. Veríamos hombres que sufren profundamente en estas sociedades. Mas, al mismo tiempo, veríamos hombres que tienen poder y privilegios relativos respecto a las mujeres.

Estos hombres distan mucho de ser inusuales. La

evidencia reunida por antropólogos e historiadores señala que en todas las sociedades (a excepción de algunas sociedades tribales) los hombres han dominado. Los hombres, consciente o inconscientemente, gustosamente o no, han perpetuado las estructuras de poder masculino.

Entender estas estructuras de poder es, cuando menos, una tarea complicada y estimulante. Resulta difícil entender los patrones de dominación en constante cambio y la interacción entre la opresión a nivel individual y a nivel de las estructuras sociales, políticas, económicas e ideológicas más amplias basadas en la jerarquía y el privilegio.

Esta dificultad se agrava por el hecho de que integramos a nuestras personalidades (es decir, interiorizamos) las estructuras sociales de opresión y poder. Esta interiorización no sólo afecta nuestra visión de la realidad sino que, en cierto sentido, pasa a ser nuestra visión de la realidad. Cada uno de nosotros es parte del mundo que procuramos entender; nuestro conocimiento no es imparcial. Dicho claramente, todos tenemos algo que ganar o perder según las conclusiones a que llegamos y las acciones que se desprenden de ellas. A primera vista parecería ser una cuestión de que las mujeres lleven todas las de ganar y los hombres todas las de perder; mas el feminismo nos expresa esto en formas más complejas.

Al igual que el feminismo ha sembrado esperanza en tantas mujeres, ha provocado diversas reacciones de parte de los hombres que van desde los chistes, la aceptación renuente y el apoyo pretendido hasta la ira, la hostilidad y el temor. Algunos hombres, por supuesto, han adoptado apasionadamente la lucha no sólo por la igualdad de hombres y mujeres sino también por el tipo de transformación de las relaciones humanas y de las

prioridades sociales que exigen los movimientos de liberación de las mujeres del mundo.

Actualmente se lleva a cabo un extenso debate sobre la naturaleza de estos cambios y sobre la relación que existe entre la lucha por la liberación de la mujer y la lucha contra otras formas de dominación humana, particularmente la opresión de clase, nacional y racial. Los artículos presentados aquí se fundamentan en el concepto de que la opresión de la mujer no surge de la nada, sino que tiene raíces sociales, económicas y políticas y en el repudio feminista de las teorías que plantean que la opresión de la mujer es secundaria a otras formas de opresión y que "después de la revolución" la dominación de las mujeres por los hombres desaparecerá automáticamente. Los esqueletos en la vitrina del museo constituyen un sombrío recordatorio de que las formas de opresión de la mujer anteceden el desarrollo de las sociedades clasistas. Aunque las mujeres han logrado importantes avances en los procesos revolucionarios de Cuba y Nicaragua, todavía en estos países continúa la lucha contra formas de machismo establecidas desde hace siglos.

Los dos artículos de este pequeño libro no se concentran en la teoría macrosocial. Más bien examinan terrenos que no han sido objeto de mucha discusión y debate públicos y prestan particular atención a la experiencia y actividades de hombres individuales y de grupos de hombres dentro de este amplio contexto socio—económico.

Estos artículos asumen implícitamente que los chistes, la desaprobación o la hostilidad con que responden muchos hombres al feminismo no es más que un mal disimulado temor. Para los hombres, el problema no es simplemente el temor a un futuro incierto en un mundo que no sea sexista y patriarcal; después de todo, el valor

es una de las cualidades que más valoramos. El problema es que la seguridad del mundo actual reafirma nuestra definición de lo que significa ser hombre. El feminismo le resulta amenazante, o cuando menos, una fuente de confusión y conflicto, a tantos hombres, no sólo porque estos temen la pérdida de privilegios, sino porque temen que su propia hombría pueda estar en juego.

Como se discute en este libro, a veces analíticamente, otras apasionadamente, lo que está realmente en juego no es nuestra hombría biológica, nuestro sexo, sino nuestras nociones de masculinidad históricamente específicas, socialmente construidas e incorporadas individualmente. Confundimos, a riesgo propio, la hombría (sexo biológico) con la masculinidad (género). Sin embargo, esta confusión no es sorprendente dado que la diferencia es sistemáticamente encubierta por la cultura, la ciencia, las creencias dominantes, la religión y la educación, por no decir nada de nuestras propias experiencias las cuales están circunscritas a sociedades de dominación masculina.

La opresión de la mujer no es simplemente una cuestión de la conducta de hombres y mujeres. La sociedad patriarcal, establecida hace siglos, no será superada con buenas relaciones públicas ni con el acceso por parte de las mujeres a nuevos trabajos y a entrenamiento militar. Una amplia gama de estructuras sociales, desde la más íntima relación sexual hasta la organización de la vida económica y política, sirve de base y perpetúa la dominación masculina. Un tema común a los artículos de este libro es que debemos enfrentar el poder y la dominación a nivel de la sociedad en su conjunto. Pero al mismo tiempo, debido a que llevamos estas relaciones dentro de nosotros, es imposible separar lo "personal" de lo "social". Esto es parte del significado de la frase "lo personal es político",

consigna clave del movimiento de liberación de las mujeres. Estos dos artículos tratan sobre las relaciones de opresión y poder a ambos niveles y procuran analizar el significado social de las personalidades individuales, la conducta de los hombres y las instituciones sociales que sirven de base a la sociedad patriarcal, es decir, a la sociedad de dominación masculina.

En este análisis se llega a la conclusión de que la lucha para socavar las estructuras patriarcales no es secundaria a otros cambios económicos y políticos que harán de este un mundo mejor. De hecho, la posibilidad de crear nuevos órdenes sociales se basa, al menos en parte, en el desafío a la opresión de la mujer. Esto se debe a que el patriarcado constituye parte del cimiento de las sociedades basadas en la dominación de algunos seres humanos sobre otros y de los seres humanos sobre la naturaleza; formas de organización social que han llevado a la coexistencia de la abundancia y la pobreza, a la posibilidad de la destrucción nuclear del planeta o de la catástrofe ecológica y a innumerables formas de opresión basadas en diferencias físicas, nacionales, religiosas y sexuales. El patriarcado es una de las bases de la actual organización de las sociedades del mundo, capitalistas y socialistas, desarrolladas y subdesarrolladas. Su desaparición es requisito para que se produzca un cambio social, económico y político fundamental.

El socavamiento de las estructuras del patriarcado conlleva la ruptura de la coraza individual que adquieren los hombres que viven en estas sociedades. Los dos artículos de este libro analizan la manera en que los hombres han adquirido esta coraza de masculinidad. Junto a muchos otros hombres, los autores intentamos romper nuestras propias corazas y cuestionar nuestras relaciones opresivas con las mujeres y con otros hombres. En otras palabras, el propósito de este libro no

es sólo intelectual sino también práctico ya que se relaciona con nuestra vida diaria y con nuestras actividades políticas. Con esto no queremos insinuar que hemos trascendido el sexismo y la sociedad en que vivimos; sólo proponemos la necesidad de analizar, entender, y actuar a nivel personal y social en forma que nos permitan contribuir significativamente a la lucha contra el patriarcado.

Este libro es crítico pero optimista. No se limita a condenar el patriarcado y la dominación masculina, sino que también afirma y celebra el poder constructivo de los hombres. Aunque criticamos severamente el aspecto general de la masculinidad en nuestras sociedades actuales, queremos también afirmar las diversas cualidades asociadas a la masculinidad que forman parte del potencial de todo ser humano: el deseo sexual, la fuerza física y emocional, la capacidad de actuar bajo presión, la valentía, la creatividad y el intelecto, la resolución, la abnegación y así sucesivamente. Por supuesto, estas cualidades a menudo se distorsionan (actuar bajo presión se convierte en una suerte de adicción al trabajo) y se exageran (mantener una imagen de valentía requiere de la supresión de temores), mas esto no debe opacar sus méritos.

Tampoco debemos dejarnos embaucar por las definiciones dominantes de hombría e ignorar el cuidado y la atención que muchos hombres prestan al amor a la dedicación, a pesar de que las sociedades patriarcales desvalorizan este rol y muchos de nosotros abiertamente le restamos importancia.

Estos artículos forman parte de un libro de quince artículos titulado *Beyond Patriarchy. Essays by Men on Pleasure, Power and Change*. (Más allá del patriarcado. Ensayos escritos por hombres sobre el placer, el poder y el cambio) editado por mí y publicado en 1987 por Oxford

University Press. La existencia misma del libro —y la reacción que ha provocado— atestiguan el impacto masivo del movimiento de la liberación de las mujeres.

Los autores de los artículos que componen el libro viven en Canadá, Inglaterra, Estados Unidos y Australia; sin embargo, mantienen estrechos lazos con América Latina y otras partes del Tercer Mundo. (En mi caso, paso una buena parte del año trabajando con compañeros y colegas en el Caribe y Centroamérica). Dada nuestra procedencia, ni Gad Horowitz ni yo pretendemos ser representantes de la experiencia de los hombres de América Latina y el mundo de habla hispana.

Hay ciertamente en estos artículos puntos que no se aplican exactamente a la situación de hombres y mujeres de esa región. No obstante soy de opinión que los argumentos básicos y el enfoque general son tan relevantes para hombres y mujeres de Santo Domingo, Buenos Aires o La Habana como para hombres que caminan por las calles, trabajan en factorías u oficinas, tienen familias, viven y mueren en ciudades como Toronto o Nueva York.

Este libro le debe mucho al clima intelectual y político generado por el movimiento feminista moderno. El feminismo ha ampliado las fronteras del cuestionamiento crítico y la vida cotidiana. Como hombres, nos ha desafiado a reconsiderar nuestras vidas, nuestras relaciones y nuestros puntos de vista. Este libro es una respuesta a ese desafío y un intento, por parte de varios hombres simpatizantes del feminismo, de sumarnos a este proceso de cuestionamiento y reflexión.

Quisiera agradecer a Aníbal Vitón, a Iván Rodríguez y Margarita Paiewonsky por el excelente trabajo de traducción. También a Magaly Pineda, Rafael Taveras, Quintina Reyes, Amparo Arango y muchos otros por su calurosa hospitalidad durante mi estadía en Santo

Domingo. También quisiera expresar mi gratitud a las compañeras del Centro de Investigación para la Acción Femenina (CIPAF) por tomar la iniciativa de realizar esta traducción y por editarla. El trabajo de las mujeres de CIPAF y de otras investigadoras feministas en América Latina, en educación popular y formas novedosas de investigación, constituye una inspiración para todos nosotros.

Michael Kaufman

Santo Domingo, febrero de 1988.

LA CONSTRUCCION DE LA MASCULINIDAD Y LA TRIADA DE LA VIOLENCIA MASCULINA

La historia es harto conocida: una mujer violada, una esposa golpeada, una amante maltratada. Con apremio e indignación el movimiento de liberación de las mujeres ha inducido al debate público y promovido la conciencia popular sobre las múltiples formas, desde la más patente hasta la más sutil, de violencia masculina contra las mujeres. Estas formas de violencia constituyen un aspecto de la dominación masculina de nuestra sociedad; y, aunque no siempre sean concebidas a tal fin, en efecto refuerzan esta dominación.

El acto de violencia es muchas cosas a la vez. Es el hombre individual ejerciendo poder en relaciones sexuales y, al mismo tiempo, la violencia de una sociedad jerárquica, autoritaria, sexista, clasista, militarista, racista, impersonal e insensata proyectada a través de un hombre individual hacia una mujer individual. En la psiquis del hombre individual bien podría tratarse de la negación de su impotencia social a través de un acto de agresión. En suma, estos actos de violencia son una especie de expresión ritual de las

relaciones de poder: dominante/dominado, poderoso/im-potente, activo/pasivo... masculino/ femenino.

Para los hombres, escuchar las experiencias de las mujeres como objetos de violencia masculina, destruye cualquier complacencia respecto al status quo basado en el sexo. La fuerza y la indignación de las respuestas de las mujeres nos obligan a reconsiderar cosas que descubrimos cuando éramos pequeños. Cuando tenía once o doce años un amigo me explicó la diferencia entre "coger" y violar. Era sencilla: si se trataba de una violación se amarraba la mujer a un árbol. Entonces los detalles anatómicos eran todavía algo imprecisos, pero en cualquier caso era algo que "nosotros" supuestamente hacíamos.

Esta información era sólo una parte de la educación, iniciada años antes, sobre el poder y los privilegios relativos de los hombres y las mujeres. Recuerdo haberme reído ante la explicación de mi amigo. Ahora me estremece pensar en ello. La diferencia en mis reacciones se debe parcialmente al hecho de que a los doce años estas formaban parte de las posturas y pretensiones que acompañaron mi entrada a la adolescencia. Ahora, por supuesto, desde el punto de vista ventajoso de un adulto, veo la cuestión de manera diferente; pero, más importante aún, la intervención de las mujeres, esa mayoría cuya voz ha sido reprimida, está reconstruyendo mi visión del mundo.

Esta revaloración de la realidad de la violencia masculina contra las mujeres evoca muchos sentimientos y recuerdos profundos en los hombres. Al rememorar y reconstruir estos recuerdos se hace evidente que la violencia masculina contra las mujeres es sólo un componente de la tríada de la violencia masculina. Los otros dos son la violencia contra otros hombres y la violencia contra sí mismo.

A nivel psicológico la difusión de la violencia resulta de lo que Herbert Marcuse llama la "represión excedente" de nuestros deseos sexuales y emocionales.¹ La sustitución de violencia por deseo (mejor dicho, la transmutación de la violencia en alguna actividad emocionalmente satisfactoria) ocurre de manera desigual en hombres y mujeres. La estructuración de la masculinidad implica la estructuración de una "agresividad excedente". El contexto de esta tríada de violencia es la institucionalización de la violencia en el manejo de la mayoría de los aspectos de la vida social, económica y política.

Los tres componentes de la tríada se refuerzan entre sí. El primero, la violencia contra las mujeres, no se puede afrontar eficazmente sin, al mismo tiempo, desafiar los otros dos componentes. Esto requiere el desmantelamiento de la fuente social de la violencia; o sea, de las sociedades patriarcales, heterosexistas, autoritarias y clasistas. Estos tres componentes y las sociedades en las cuales florecen se apoyan entre sí. Y juntos, suponemos, se derrumbarán.

La Naturaleza Social e Individual de la Violencia y la Agresión.

Orígenes de la violencia

La interrogante más inquietante respecto a la violencia masculina es, por supuesto, sus raíces biológicas. Sería de gran utilidad saber si los hombres en particular, o los humanos en general, están biológicamente (por ejemplo, genética y hormonalmente) predispuestos a cometer actos de violencia contra otros humanos.

1. Herbert Marcuse, *Eros and Civilization* (Boston: Beacon Press, 1975; New York: Vintage, 1962); Gad Horowitz, *Repression* (Toronto: University of Toronto Press, 1977)

Desde el principio, el feminismo ha tenido el cuidado de distinguir entre sexo y género. Las diferencias estrictamente biológicas entre los sexos constituyen sólo la base para la estructuración social de género. En efecto, para muchos hombres, el atractivo del feminismo, además del deseo de aliarnos con nuestras hermanas en la lucha contra la opresión, radica en el intento de disociar "hombre" de "masculino". Mientras que muchas características asociadas con la masculinidad son rasgos humanos valiosos, como por ejemplo la fuerza, la audacia, el valor, la racionalidad, el intelecto y el deseo sexual, la distorsión de estos rasgos en la norma masculina y la exclusión de otros (asociados con femineidad) son opresivos y destructivos. El proceso de adaptación a la masculinidad les resulta difícil a todos los hombres aunque no lo experimentan conscientemente como tal.

Mas la relación misma entre sexo y género es problemática. Para empezar, lo que podría llamarse la función del género de una sociedad se aplica a entidades biológicas cuyos cuerpos son la fuente fundamental de placer y dolor.² El hecho de que la producción de género sea en sí un proceso tan complejo y confuso hace que la relación entre sexo y género sea aún más difícil de entender. Como señalan Michele Barrett y Mary McIntosh, aunque sí existen roles estereotipados, cada individuo "no es la víctima pasiva de un sistema impuesto monolíticamente".³

En años recientes se ha intentado enmarcar el comportamiento social de los seres humano dentro de la

2. Parte de la sabiduría de Freud fue reconocer que, aunque la psicología engendrada del individuo es producto de la maduración del mismo dentro de un ambiente social en evolución, el cuerpo es, en definitiva, el sujeto y objeto de sus deseos.

3. Michele Barrett y Mary McIntosh, *The Anti—Social Family* (London: Verso/New Left Books, 1982), 107.

biología. La sociobiología pretende nada menos que reducir la interacción social humana a nuestra herencia genética. El estudio de simios, osos hormigueros y tenías como medio para discernir la verdadera naturaleza de los humanos sorprende en su ingenuidad mas es, a veces, socialmente peligroso en su concepción y ejecución. Como ha sido señalado por muchos críticos, ignora lo que es único a los seres humanos: la creación de órdenes sociales en cambio permanente.⁴

De hecho, los humanos son animales; criaturas físicas sujetas a los requerimientos de toda clase de células, órganos y hormonas. Con todo, no tenemos una cabal comprensión de cómo esto determina la conducta; y, aunque la tuviéramos, esta no es más que un elemento insignificante y fragmentado que hay que entender dentro de la esfera más amplia de la motivación y el deseo humanos. Aún tuviéramos un conocimiento cabal, lo importante es que los humanos, a diferencia de los simios y hasta de la loable hormiga, viven en sociedades muy diversas en constante evolución. Desde la era en que los seres humanos comienzan su existencia, su historia ha sido el alejamiento progresivo de una simple, "natural", existencia animal.

Todavía pudiéramos establecer que los humanos en general, o los hombres en particular, están predispuestos a fabricar bombas atómicas esto no nos ayuda a responder la interrogante primordial de cómo cada sociedad determina, limita o acentúa esta tendencia. Considerando tan sólo el problema de la violencia, ¿por qué a medida que las sociedades se desarrollan la violencia parece pasar de una práctica aislada y a menudo ritual a una característica que impregna la vida cotidiana? Y ¿por qué algunas formas de violencia física

4. Véanse las críticas de Carmen Schifellite al determinismo biológico en otras partes de este volumen.

son tan comúnmente aceptadas (como el castigo físico a los niños) mientras que otras (como ataque físico a faraones, presidentes y pontífices) no?.

A esto hay que agregar que no hay evidencia psicológica, biológica o social que sugiera que los humanos no están predispuestos a la agresión o aún a la violencia. Por otra parte también es factible una predisposición a la cooperación y a la paz. Es también posible que los hombres, por razones hormonales, sean biológicamente más agresivos y más propensos a la violencia que las mujeres. Desconocemos la respuesta por la sencilla razón de que los hombres que examinamos no existen al margen de las sociedades.⁵

En todo caso, el asunto es qué hacen las sociedades con la violencia. ¿Cuáles formas de violencia son aprobadas y cuáles son toleradas socialmente?, ¿cuáles formas de violencia parecen formar parte de la estructura misma de nuestras sociedades? El proceso de desarrollo social humano ha sido de restricción, represión, formación, deformación, canalización y transformación de diversas tendencias biológicas. ¿No podría ser que este proceso de represión haya sido bien selectivo? Tal vez la represión de ciertos impulsos y la negación de ciertas necesidades agraven otros impulsos. Me viene a la mente el hombre que siente no tener conexiones humanas en su vida y va y viola una mujer.

No obstante el rechazo general feminista de la sociobiología, esta pseudociencia extrañamente cuenta con el apoyo de parte de algunas feministas. Susan Brownmiller, en su libro *AGAINST OUR WILL. MEN, WOMEN AND RAPE*, sostiene que la agresión masculina violenta no sólo es psicológicamente innata, sino que se fundamenta en la anatomía masculina. Y, a la inversa, la visión de la sexualidad femenina parece ser de

5. Véase el artículo de Richard Lee y Richard Daly en este Volumen.

victimización e impotencia. Brownmiller afirma que: "por determinación anatómica, es decir, la inescapable estructura de sus órganos genitales, el hombre era un depredador por naturaleza y la mujer su presa por naturaleza."⁶ Alice Echols indica que muchas feministas culturales también tienden a reproducir numerosas imágenes tradicionales y estereotipadas del hombre y de la mujer.⁷

La cuestión fundamental no es si los hombres están o no predispuestos a la violencia sino qué hace la sociedad con esta violencia. ¿Por qué las múltiples expresiones de violencia perpetradas de manera desproporcionada por los hombres han sido los puntales de tantas sociedades?, ¿por qué hay tantas formas de violencia aprobadas o aun fomentadas?, ¿cuál es exactamente la naturaleza de la violencia?, ¿cómo se desarrollan y se refuerzan los patrones de violencia y el afán de dominación?

El Contexto Social

Cada acto de violencia aparentemente individual se enmarca en un contexto social. Esto no significa que no existan actos de violencia patológicos, pero aun en ese caso el "lenguaje" de la acción violenta, la manera como se manifiesta la violencia, es comprensible sólo dentro de una cierta experiencia social. Nos interesamos aquí en las manifestaciones de violencia aceptadas como dentro de lo normal, aunque sean censurables: pelea, guerra,

6. Susan Brownmiller, *Against Our Will: Men, Women and Rape* (New York: Bantam Books, 1976) 6

7. Alice Echols, "The New Feminism of Yin and Yang", en Ann Snitow et al., eds., *Powers of Desire* (New York: Monthly Review Press, 1983) 439—59; y Alice Echols, "The Taming of the Id: Feminist Sexual Politics, 1968—83", en Carol Vance, ed., *Pleasure and Danger* (London: Routledge and Kegan Paul, 1984), 50—72. Ambos artículos son esencialmente iguales.

violación, asalto, maltrato psicológico y así sucesivamente. ¿Cuál es el contexto de la violencia masculina en los órdenes sociales prevalecientes hoy día? La violencia ha sido desde hace tiempo institucionalizada como un recurso aceptable en la solución de conflictos. Pero en la actualidad los vastos aparatos policiales y militares mantenidos alrededor del mundo constituyen una amenaza al futuro de la vida misma.

Las sociedades "civilizadas" se han construido y formado mediante la destrucción, la represión, y la explotación de otros pueblos: exterminación de poblaciones nativas, colonialismo y esclavitud. Escribe Aimé Césaire: "me refiero a sociedades privadas de su esencia, a culturas pisoteadas, a instituciones socavadas, a tierras confiscadas, a religiones destrozadas, a magníficas creaciones artísticas destruidas, a posibilidades extraordinarias eliminadas... me refiero a millones de personas... sacrificadas."⁸

Nuestra relación con el medio ambiente natural ha sido a menudo descrita con la metáfora de la violación. La actitud de conquista hacia la naturaleza, de dominio y explotación del medio ambiente por provecho económico, tiene grandes consecuencias cuando disponemos de una tecnología capaz de trastornar el balance ecológico formado a lo largo de cientos de millones de años.

La vida de trabajo cotidiano de las sociedades industriales y clasistas está repleta de violencia. Violencia esta que se disfraza de racionalidad económica a medida que algunos de nosotros nos convertimos en extensiones de máquinas mientras otros se convierten en cerebros separados de sus cuerpos. Nuestros procesos industriales han venido a ser el instrumento de tortura moderno con el cual somos desfigurados y desmembra-

8. Aimé Césaire, *Discourse on Colonialism* (New York: Monthly Review Press, 1972), 21—2; publicado originalmente en 1955 por Editions Présence Africaine.

dos. Es la violencia la que expone a los trabajadores al peligro de las sustancias químicas, de la radiación, de las maquinarias; del aumento de producción sin aumento de salario y de la fatiga muscular. Es la violencia la que condena a la mayoría a trabajar hasta el agotamiento durante cuarenta o cincuenta años para luego ser arrojados a los botes de basura que la sociedad reserva para los viejos y desgastados.

El racismo, el sexismo y el heterosexismo institucionalizados en nuestras sociedades son actos de violencia socialmente regulados. Nuestras ciudades son en sí una violación, no sólo de la naturaleza, sino de la comunidad humana y de las relaciones humanas con la naturaleza. Como dijera el arquitecto Frank Lloyd Wright: "observar los planos de una gran ciudad es algo así como observar el corte transversal de un tumor fibroso."⁹

Nuestras ciudades, nuestras estructuras sociales, nuestros trabajos, nuestras relaciones con la naturaleza y nuestra historia son más que el telón de fondo de la preponderancia de la violencia. Son formas de violencia; formas institucionalizadas de violencia codificadas en estructuras físicas y relaciones socioeconómicas. Gran parte del análisis sociológico de la violencia en nuestras sociedades indica simplemente que la violencia es una conducta aprendida al presenciar y experimentar violencia social: el hombre patea al niño, el niño patea al perro.¹⁰ Como lo indica el estudio del maltrato de

9. C. Tunnard, *The City of Man* (New York: Scribner, 1953), 43. Citado en N. O. Brown, *Life Against Death* (Middletown: Wesleyan University Press, 1959), 283.

10. Este es el enfoque de, por ejemplo, Suzanne Steinmetz. Según Steinmetz el macronivel social y las condiciones económicas (tales como la pobreza, el desempleo, la vivienda inadecuada y la glorificación y aceptación de la violencia) conducen a un alto porcentaje de crímenes y a una tolerancia a la violencia que a su vez llevan a la agresión en la familia. Véase su *Cycle of Violence* (New York: Praeger, 1977), 30.

esposas, tales experiencias de transmisión de violencia son una realidad, ya que muchos de los hombres que golpean a sus esposas eran maltratados cuando niños.

Más significativo aún es que nuestras personalidades y sexualidad, necesidades y temores, fortaleza y debilidades, nuestras identidades propias, son creadas, no simplemente adquiridas, a través de nuestra realidad vivida. La violencia de nuestro orden social fomenta una psicología de violencia que a su vez refuerza las estructuras sociales, políticas y económicas de violencia. Las exigencias cada vez mayores de la civilización y la constante dependencia de estructuras de violencia heredadas indican que el desarrollo de la civilización ha ido mano a mano con un aumento continuo en la violencia contra los seres humanos y en el medio ambiente natural.

Sería fácil, pero a la larga, de poca utilidad, emplear el término "violencia" como metáfora para todos los antagonismos, contradicciones y males de nuestra sociedad. Por el momento dejemos a un lado el terreno social y empecemos a descifrar la naturaleza de la llamada violencia individual.

La Tríada de la Violencia Masculina

La longevidad de la opresión de la mujer debe estar basada en algo más que en la conspiración, algo más complejo que la desventaja biológica y más perdurable que la explotación económica (aunque todos estos factores influyan en cierto grado)

Juliet Mitchell¹¹

11. Juliet Mitchell, *Psychoanalysis and Feminism* (New York: Vintage, 1975), 362.

Parecería imposible creer que la mera codicia pueda mantener a los hombres inquebrantables en sus propósitos.

Joseph Conrad¹²

El campo en el cual se sitúa la tríada de la violencia masculina es una sociedad o sociedades basadas en estructuras de dominación y control. Aunque a veces este control se haya simbolizado y personificado en el padre individual —patriarcado, por definición— es más importante enfatizar que las estructuras patriarcales de autoridad, dominación y control se encuentran diseminadas en todas las actividades sociales, económicas, políticas e ideológicas, y en nuestras relaciones con el medio ambiente natural.

Ahora, quizás más que en ningún otro momento de la larga época del patriarcado, la autoridad no reside en el padre, al menos en gran parte del mundo desarrollado capitalista y no capitalista. Esto ha llevado a más de un autor a cuestionar la pertinencia del término patriarcado.¹³ Sin embargo, me parece que sigue siendo útil como una categoría descriptiva amplia. En este sentido Jessica Benjamin habla del actual reinado del patriarcado sin el padre: "la forma de dominación peculiar de esta época no se expresa directamente como autoridad sino indirectamente como la transformación de todas las relaciones y actividades en fórmulas objetivas, instrumentales e impersonales."¹⁴

Las estructuras de dominación y control constituyen no simplemente el marco de la tríada de violencia sino

12. Joseph Conrad, *Lord Jim* (New York: Bantam Books, 1981), 146. Publicado originalmente en 1900.

13. Véase, por ejemplo, el interesante libro de Michele Barrett, *Women's Oppression Today* (London: Verso/New Left Books, 1980), 10—19, 250—1.

14. Jessica Benjamin, "Authority and the Family Revisited: or. A World Without Fathers?", *New German Critique* (Winter 1978), 35.

que generan y a su vez son fomentadas por esta violencia. Estas estructuras se refieren tanto a nuestras relaciones sociales como nuestra interacción con el medio ambiente natural. La relación entre estos dos niveles es, obviamente, en extremo compleja. Parece ser que la violencia contra la naturaleza; es decir, el infructuoso y desastroso empeño en dominarla y conquistarla, está íntimamente relacionado con la dominación entre seres humanos. Algunas de estas relaciones son bastante obvias. Viene a la mente el arrasamiento del planeta por afán de lucro en las sociedades capitalistas, sociedades que se caracterizan por el dominio de una clase sobre otras. Mas la relación entre la dominación de la naturaleza y las estructuras de dominación de los seres humanos va más allá. Varios autores han hecho agudas observaciones acerca de esta relación.

Max Horkheimer y T. W. Adorno, señalan que la dominación de seres humanos por otros sienta las bases para la dominación de la naturaleza.¹⁵ Un importante tema secundario en el libro de Mary O'Brien, *THE POLITICS OF REPRODUCTION* es que los hombres "han comprendido su separación de la naturaleza y su necesidad de mediar esta separación desde el momento en la oscura prehistoria en que la idea de la paternidad se apoderó de la mente humana. El patriarcado es la capacidad de trascender las realidades naturales con realidades históricas creadas por el hombre. Este es el principio de potencia en su forma primordial."¹⁶

Según Simone de Beauvoir los sentimientos ambivalentes de los hombres hacia la naturaleza se transfieren a sus sentimientos hacia las mujeres, que son

15. Véase *ibid.*, 40, para una discusión breve de *Dialectic of Enlightenment*, de Adorno y Horkheimer.

16. Mary O'Brien, *The Politics of Reproduction* (London: Routledge and Kegan Paul, 1981), 54—5

vistas como la personificación de la naturaleza. "Ora aliada, ora enemiga, la mujer se muestra como el oscuro caos de donde emana la vida, como la vida misma, como el más allá hacia donde esta tiende."¹⁷ La violencia contra la naturaleza al igual que la violencia contra la mujer, contra otros hombres y contra sí mismo se relaciona, en parte, con lo que Sidney Jourard llama los aspectos letales de la masculinidad.¹⁸

La Reproducción Individual de la Dominación Masculina

Ningún hombre nace carnicero.

Bertolt Brecht¹⁹

En una sociedad dominada por los hombres, estos tienen ciertos privilegios. En comparación con la mujeres, tenemos la libertad de caminar por las calles de noche, estamos, por tradición, exentos del trabajo doméstico, y, en promedio, disfrutamos de salarios más altos, de mejores empleos y de más poder. Pero estas ventajas no explican por sí mismas la reproducción individual de las relaciones de dominación masculina; es decir, el porqué desde temprana edad cada hombre adopta la masculinidad.

La aceptación de la masculinidad no es tan sólo una "socialización" en cierto rol de género, como si

17. Simone de Beauvoir, *The Second Sex* (New: Vintage, 1974), 162; publicado originalmente en 1949. Dorothy Dinnerstein sigue una línea de argumentación similar, pero, de acuerdo con la tesis de su libro, apunta a los niños criados por la madre como fuente de estos sentimientos ambivalentes hacia la mujer. Véase Dinnerstein, *op. cit.*, especialmente, 109—10.

18. Sidney Jourard, "Some Lethal Aspects of the Male Role", en Joseph H. Pleck y Jack Sawyer, eds., *Men and Masculinity* (Englewood Cliffs: Prentice Hall, 1974), 21—9.

19. Bertolt Brecht, *Threepenny Novel*, trad. Desmond I. Vesey (Harmondsworth: Penguin, 1965), 282.

preexistiera un ser humano que aprende un rol que luego desempeñará por el resto de su vida. Más bien, durante su desarrollo psicológico, adopta e interioriza un conjunto de relaciones sociales basadas en el género; la persona formada mediante este proceso de maduración se convierte en la personificación de estas relaciones. Ya a los cinco o seis años se han establecido en el niño las bases de la masculinidad para toda la vida.

Dos factores intrínsecos a los humanos y a su desarrollo constituyen la base para la adquisición individual del género. Estas condiciones no explican la existencia del género; son simplemente prerequisites para su adquisición individual.

El primer factor es la maleabilidad de los deseos humanos. Para el bebé todas las actividades corporales —tacto, vista, olfato oído, gusto, pensamiento— son fuentes potenciales de placer sexual; más bien, son placeres sexuales en el sentido en que tenemos la habilidad de derivar placer de nuestros cuerpos. Pero esta polisexualidad es limitada, moldeada y reprimida durante el proceso de maduración necesaria para responder a las exigencias del mundo natural y social. A diferencia de otros animales nuestra sexualidad no es puro instinto sino que es construida individual y socialmente.

Debido a esto y a la capacidad humana de construir sociedades e ideologías, el género existe como algo diferenciado del sexo biológico.

Como señala Herbert Marcuse, y a su vez Gad Horowitz, las exigencias de las sociedades de dominación o "de represión excedente" progresivamente reducen la sexualidad al contacto genital de norma heterosexual. (Marcuse afirma que cierta "represión básica" de contención o desviación de los deseos humanos es necesaria a todo tipo de asociación humana y que las sociedades jerárquicas y autoritarias requieren, además,

una "represión excedente" para mantener las estructuras de dominación).²⁰

Esta reducción al contacto genital no se debe a una preferencia natural sino que se trata de un bloqueo de energía de una amplia gama de formas de placer (incluyendo actividades "mentales"). Por motivos discutidos por Horowitz y Kaufman en otro artículo, la adquisición de la forma dominante de masculinidad es una intensificación de las formas de placer asociadas con actividad y una represión excedente de nuestra habilidad de experimentar placer pasivamente. Tratamos de compensar esta represión excedente con los placeres y las preocupaciones que nos brindan el trabajo, el ocio, los deportes y la cultura. Esto no es suficiente para compensar los severos límites impuestos al amor y al deseo. Dicho con crudeza, un fin de semana de dos días no compensa emocionalmente cinco días de trabajo abrumador, sobre todo si se toma en cuenta que estas actividades sociales son en sí una fuente de conflicto y tensión.

El segundo factor que constituye la base para la adquisición del género es el fuerte apego a las figuras paternas por parte del niño que resulta de la prolongada niñez humana. El apasionado vínculo del niño con las figuras paternas primarias es particularmente poderoso y relevante para nuestro desarrollo personal en sociedades donde mujeres aisladas tienen como responsabilidad primordial la crianza de bebés y niños, en donde las relaciones del niño con el mundo están fuertemente mediadas por una familia pequeña, y no una comunidad, y en donde son suprimidos rasgos asociados con el sexo "opuesto".

La niñez es un largo período de impotencia. El amor intenso hacia uno o ambos padres va unido a profundos sentimientos de privación y frustración. Esta ambivalencia natural se agrava emocionalmente en sociedades en las que

20. Herbert Marcuse, *op. cit.*, Horowitz, *op. cit.*

los padres pueden dispensarles a los niños sólo una atención limitada, en donde las exigencias sociales agregan frustraciones a las inevitables experimentadas por el niño, y en donde uno o ambos padres aislados reviven y reproducen los patrones de su propia niñez. Como veremos, la adquisición de la masculinidad es en parte una respuesta del niño a esta experiencia de impotencia.

A eso de los cinco o seis años, cuando los niños han alcanzado un desarrollo físico, emocional e intelectual suficiente para definirse a sí mismos separados de sus padres, estas figuras paternas ya han sido interiorizadas en ellos. En los primeros años, al igual que en años posteriores, inconscientemente nos identificamos con (o reaccionamos contra) las características aparentes de los objetos de nuestro amor y las incorporamos a nuestras personalidades. Esta incorporación e interiorización, o rechazo, de las características de nuestros objetos de amor es parte del proceso de formación de nuestro ego, de nuestra personalidad.

Esta interiorización es un proceso selectivo que tiene lugar en ambientes sociales específicos. El ambiente inmediato es la familia, la cual es un "enérgico agente de ubicación de clase y un eficiente mecanismo de creación y transmisión de desigualdad de género".²¹

En mayor o menor grado, la familia refleja, reproduce y recrea el sistema jerárquico de género de la sociedad en su conjunto.²²

21. Barrett y MacIntosh, *op. cit.*, p. 29.

22. Esto es cierto no sólo porque cada sistema socioeconómico parece crear un tipo de familia correspondiente, sino también, porque a su vez, la estructura familiar juega un papel importante en la formación de la ideología de la sociedad. Según Barrett y MacIntosh en nuestra sociedad la perspectiva y la ideología de la familia tienen una "condición de hegemonía absoluta" dentro de la sociedad en su conjunto. Existe, además, una interacción dialéctica entre el tipo de familia y la organización de la producción y el trabajo asalariado. (*Ibid.*, 78, 130)

Como se señaló anteriormente, el niño tiene sentimientos ambivalentes hacia sus figuras paternas primarias. El amor va unido a sentimientos de impotencia, tensión y frustración. La sensación de ansiedad e impotencia que experimenta el niño es el resultado no sólo de las prohibiciones de padres estrictos sino también del hecho de que hasta los padres más amorosos no pueden vivir exclusivamente dedicados a sus hijos debido a las exigencias de la sociedad, de la realidad natural y de sus propias necesidades.

Niños y niñas experimentan estos sentimientos ambivalentes y esta sensación de impotencia. Pero los sentimientos hacia los padres y la cuestión del poder se impregnan casi de inmediato de significado social. Años antes de que la niña o el niño sea capaz de expresarlo verbalmente, empieza a entender que la madre es inferior al padre y que la mujer es inferior al hombre. Que esta inferioridad no es algo natural sino que es socialmente impuesta va más allá del entendimiento del niño y aún más allá del entendimiento de biólogos sociales, presidentes y papas. (El tamaño mismo puede influir en esta percepción de inferioridad, o quizás se trate sencillamente de que en una sociedad jerárquica y sexista el tamaño se convierta en un símbolo de superioridad). A la larga, el hecho biológico del "otro" se matiza con el concepto de otro impuesto socialmente. Al niño se le presentan dos categorías de humanos: los hombres, que personifican toda la grandeza y el poder de la humanidad, y las mujeres, que según Simone de Beauvoir son definidas como el "otro" en una sociedad falocéntrica.²³

Como respuesta a esta impotencia y al deseo de percibir placer, los humanos desarrollan un ego y un superego; es decir; una identidad separada y un mecanismo interno de autoridad. Parte importante del

23. De Beauvoir, *op. cit.*, *passim*.

proceso de desarrollo del ego es la identificación con los objetos de amor; y, progresivamente ambos sexos descubren y aprenden quiénes son las figuras de identificación apropiadas. Mas, estas figuras de identificación no son iguales.

La sociedad le presenta un gran escape al niño. Este podrá sentirse impotente pero sus perspectivas son buenas ya que como hombre adulto gozará de privilegios y (al menos en su imaginación infantil) disfrutará de poder. Una fuerte identificación, es decir, la incorporación a su identidad en desarrollo de su imagen paterna en particular y de figuras masculinas en general, compensa su sensación de impotencia e inseguridad. Es su compensación por la renuncia a su primer amor.

En este proceso el niño no sólo exige para sí la actividad de los hombres y de su padre sino que al mismo tiempo se distancia de la pasividad de la relación infantil con su madre y de su sensación de pasividad en general (pasividad en el sentido de sentirse abrumado por los deseos y por un mundo frustrante). Se lanza al proyecto de controlarse a sí mismo y al mundo y viene a personificar la actividad. La masculinidad es una reacción contra la pasividad y la impotencia y conlleva la represión de todos los deseos y rasgos que una sociedad dada define negativamente como pasivos o como resonantes de experiencias pasivas. Por otra parte, la niña descubre que nunca poseerá poder masculino y que, en adelante, lo más a que puede aspirar es a ser amada por un hombre; o sea, a perseguir activamente la pasividad.

De este modo, la realización de lo que se considera la personalidad masculina biológicamente normal (pero que en realidad es una masculinidad construida socialmente) es uno de los resultados de la división del deseo humano y del ser humano en esferas de actividad

y pasividad que se excluyen entre sí. El monopolio de la actividad por parte de los hombres no es un imperativo psicológico o social; más bien, la interiorización de las normas de la masculinidad exige la represión excedente de objetivos pasivos como lo es el deseo de ser protegido. La represión de la pasividad y la acentuación de la actividad constituyen el desarrollo de una personalidad de agresividad excedente, que desgraciadamente es la norma en las sociedades patriarcales, si bien el grado de agresividad varía de persona a persona y de sociedad a sociedad.

Parte de las causas de este proceso es una respuesta al miedo, al rechazo o al castigo; al temor a perder el amor y la autoestima. ¿Por qué cree el niño que perderá el amor y la autoestima? Por hacer lo que está prohibido o se considera mal. Y, para no hacer lo que está prohibido o mal, el niño, durante este proceso de identificación interioriza los valores y las prohibiciones de la sociedad. De este modo se forman el superego, la consciencia, el sentido de culpabilidad y los criterios de autovaloración; mediante la interiorización de la autoridad social, la agresividad se dirige contra uno mismo.²⁴

Todo este proceso de desarrollo del ego constituye la formación de una esfera psíquica que media entre nuestros deseos inconscientes, el mundo y un superego mortificante. Pero, el desarrollo del ego es el desarrollo del ego masculino o femenino; en este sentido, el ego es una definición de sí mismo formada dentro de un contexto social y psicológico dado y dentro de lo que Gayle Rubin llama un sistema de sexo y género específico.²⁵

24. Sigmund Freud, *Civilization and Its Discontents* (New York: W. W. Norton, 1962), 70, 72.

25. Gayle Rubin, "The Traffic in Women: Notes on the 'Political Economy' of Sex", en Reyna R. Reiter, ed., *Toward an Anthropology of Women* (New York: Monthly Review Press, 1975), 157—210.

El niño no está simplemente aprendiendo un rol de género sino que se está convirtiendo en parte de ese género. Todo su ser, en mayor o menor grado y al precio de un mayor o menor conflicto, será masculino. Ken Kesey expresa esto magníficamente en su descripción de Hank, un personaje principal en *SOMETIMES A GREAT NOTION*: "¿costaba un esfuerzo tan grande el simple caminar o estaba Hank haciendo alardes de su desarrollo masculino? Cada movimiento era una agresión abierta contra el propio aire que Hank atravesaba."²⁶

El Refuerzo de la Masculinidad

La masculinidad se arraiga inconscientemente antes de los seis años, se refuerza durante el desarrollo del niño y estalla indudablemente en la adolescencia. El comentario de Beauvoir referente a que en las niñas "con la pubertad, no sólo se aproxima el futuro, sino que se establece en sus cuerpos y asume la más concreta realidad"²⁷ se aplica igualmente a los niños.

La masculinidad se define de manera precisa, especialmente durante la adolescencia del individuo. La norma masculina tiene matices y peculiaridades particulares que dependen de factores de clase, nacionalidad, raza, religión y etnicidad y que, dentro de cada grupo, se manifiestan de manera singular. La importancia de la adolescencia radica en el hecho de que es durante esta que el cuerpo sufre un nuevo despertar, que finalmente tiene lugar la tan esperada entrada a la adultez y que la cultura hace las últimas preparaciones socioeducativas para la vida adulta de

26. Ken Kesey, *Sometimes a Great Notion* (New York: Bantam, 1965), 115.
(Extrañamente viene a la memoria la afirmación de San Agustín, "cada respiración mía es pecado." Citado en Horowitz, *op. cit.*, 211).

27. De Beauvoir, *op. cit.*, 367.

trabajo. Durante la adolescencia el dolor y el temor que implican la represión de la "femineidad" y pasividad empiezan a hacerse evidentes. La mayoría de los hombres responden a este dolor interior reforzando los bastiones de la masculinidad. El dolor emocional que genera una masculinidad obsesiva se reprime mediante un refuerzo de la masculinidad misma.

La familia, la escuela, los deportes, los amigos, la iglesia, los clubes, los niños exploradores, los empleos y los medios de comunicación juegan un papel en la lucha que sostiene el adolescente por dar los últimos toques a su masculinidad. Las expresiones de poder masculino serán radicalmente diferentes según la clase social. El adolescente de clase media con un futuro profesional o de negocios, expresará su poder personal y social a través de un dominio directo sobre el mundo.

El trabajo absesivo o al menos la apreciación de su valía de acuerdo al nivel social y al dinero puede bien ser el resultado. Las fantasías de poder a menudo se expresan en términos de fama y éxito.

Para un muchacho de clase obrera el camino hacia el mundo de los negocios, la política, las profesiones y la riqueza está prácticamente cerrado. Por lo tanto, su poder masculino a menudo se manifiesta como machismo obrero y el poder de dominación se expresa en forma física directa. La dominación de los factores de producción o de otra persona se logra a través de meros alardes y poder muscular. Paul Willis, en un excelente análisis del desarrollo de la identidad obrera del hombre blanco en Inglaterra, demuestra que la adquisición de una positiva identificación de clase está directamente relacionada con el desarrollo de una identidad de género particular. Aunque estigmatizado por la sociedad en general, el trabajo físico se convierte en la personificación del poder masculino. "El trabajo físico se

confunde con cualidades masculinas con ciertas implicaciones sensuales "para los muchachos". "La dureza y la rudeza del trabajo y el esfuerzo físicos" adoptan visos de masculinidad y asumen un significado desproporcionado."²⁸

La adolescencia es también la época de nuestros primeros enamoramientos intensos. A pesar de que una gran parte de la experiencia sexual previa a la adolescencia y durante las primeras etapas de esta, es de carácter homosexual, hay la tendencia a desvalorizarla e ignorarla a favor de las relaciones con muchachas, consideradas como las verdaderamente auténticas. Esta interacción promueve la adquisición de la masculinidad en los muchachos debido a que se lleva a cabo con muchachas que a su vez están dedicadas a adquirir la femineidad complementaria. Cada momento de interacción refuerza la adquisición de género de cada sexo.

La Fragilidad de la Masculinidad

La masculinidad es poder, pero es también terriblemente frágil porque, contrario a lo que hemos sido inducidos a creer, no existe como una realidad biológica que llevan los hombres dentro de sí. La masculinidad existe como ideología, como conducta codificada; existe en el marco de relaciones "de género". Pero en definitiva, no es más que una institución social con una relación insustancial con la hombría y el sexo biológico, sus supuestos sinónimos. El niño no sabe diferenciar entre sexo y género, y para él ser hombre es ser lo que él percibe como masculino. El niño es el futuro hombre. No ser masculino es carecer de sexo, es ser "castrado".

La tensión entre la hombría y la masculinidad es

28. Paul Willis, *Learning to Labor* (New York: Columbia University Press, 1981), 150. Véase también el artículo de Stan Gray en este volumen.

intensa debido a que la masculinidad requiere la represión de una amplia gama de necesidades, sentimientos y formas de expresión humanas. La masculinidad es la mitad de la estructura limitada y reprimida de la psiquis humana adulta. Aun cuando estamos intelectualmente conscientes de la diferencia entre hombría biológica y masculinidad, el ideal masculino está tan fijado en nosotros que resulta difícil separar la persona que quisiéramos llegar a ser (más "enteramente humana", menos sexista, con menos represión excedente y así sucesivamente) de la que somos en realidad. Sin embargo, cuando niños y adolescentes (y a menudo cuando adultos) no somos conscientes de la diferencia entre hombría y masculinidad. Con la excepción de la minúscula proporción de la población que constituyen los hermafroditas, la masculinidad biológica es obvia, como atestiguan la presencia del pene y los testículos. No obstante esto, los muchachos y los hombres albergan mucha inseguridad en cuanto se refiere a sus credenciales masculinas. Esta inseguridad resulta de la equiparación de la hombría con la masculinidad; mas, esta última no es sino producto de nuestra imaginación colectiva, patriarcal y de represión excedente.

Aunque en una sociedad patriarcal, el ser hombre se tiene en gran estima y los hombres valoran su masculinidad, no por esto dejan de tener sentimientos ambivalentes. Es muy significativo el hecho de que la figura del padre es primordial en el proceso inicial de interiorización. Andrew Tolson afirma que "para el niño la masculinidad es a la vez misteriosa y atractiva (promete un mundo de trabajo y poder) pero, al mismo tiempo, es amenazante (desconocida y emocionalmente distante)... Actúa en ambos sentidos; atrae y repele en una dinámica contradicción. Esta distancia y atracción simultánea se interioriza como una tensión emocional

permanente que de alguna manera el individuo ha de esforzarse en superar."²⁹

Aunque la hombría y la masculinidad son sumamente valoradas, los hombres se sienten, consciente o inconscientemente, inseguros de su propia hombría o masculinidad. Cuando se les incita a expresar sus sentimientos, como es caso en grupos de apoyo y terapia, resulta evidente que abrigan dudas acerca de sus credenciales masculinas.

Pensemos solamente en la ansiedad que provoca el pene, ese cetro incomparable, símbolo de patriarcado y de poder masculino. Aún pequeño, el niño experimenta, más o menos conscientemente, espantosas fantasías de "castración". El niño nota que las personas que carecen de pene son las que tienen menos poder. Un niño de cuatro años que ignora el poder de la publicidad, el estado, la educación, los patrones de interacción psicológica, la paga desigual, el acoso sexual y la violación, ¿qué puede pensar que confiere las recompensas de la masculinidad sino que esa pequeña diferencia visible entre el hombre y la mujer, el niño y la niña?

Por supuesto a esta temprana edad el pequeño pene y los testículos no constituyen una gran defensa contra el mundo; como tampoco se pueden comparar con los genitales asombrosamente grandes del padre y otros hombres. Me recuerdo a mí mismo en la ducha cuando tenía cinco o seis años, mirando con asombro a mi padre. Años más tarde caí en cuenta de que se había completado el círculo cuando al ducharme junto a mi hijo de cinco años percibí la misma expresión en su cara. Esta imagen interiorizada de la pequeña e infantil identidad propia se mantiene insistentemente en el inconsciente de cada hombre; esto hasta tal punto que de adultos los hombres van a la guerra para demostrar que son potentes, arriesgan

29. Andrew Tolston, *The Limits of Masculinity* (London: Tavistock, 1977), 25.

sus vidas para demostrar que tienen *cojones*.. Expresiones tales como esta y el doble significado de la palabra impotente no son una casualidad.

Con todo lo valorada que es en la cultura patriarcal, la mera presencia de ese pedacito de carne maravillosamente sensible no es suficiente garantía de hombría y masculinidad. Si efectivamente existen tales dudas sobre las credenciales masculinas durante y después de la adolescencia, ¿cómo se combaten? Una forma es la violencia.

La Violencia Masculina contra las Mujeres

A pesar del rol inferior que les asignan los hombres, las mujeres son los más caros objetos de su agresión.

Simone de Beauvoir³⁰

La violencia masculina contra las mujeres es la forma más común de violencia directa y personalizada en la vida de la mayoría de los adultos. Pocas mujeres se libran del alcance de la agresión masculina, que va desde el acosamiento sexual y la violación, hasta el incesto y el maltrato físico de la esposa pasando por el espectáculo de las imágenes pornográficas violentas.

Mi propósito no es enumerar y evaluar las diversas formas de violencia contra la mujer, como tampoco pretender determinar lo que puede ser clasificado como violencia en sí;³¹ sino entender esta violencia como una

30. Simone de Beauvoir, en el *Nouvel Observateur*, 1ro. de marzo de 1976. Citado en Diana E. H. Russell y Nicole Van de Ven, eds., *Crimes Against Women* (Millbrae, Calif.: Les Femmes, 1976), xiv.

31. Entre otras fuentes útiles, aunque a veces problemáticas, sobre la violencia masculina véase Leonore E. Walker, *The Battered Women* (New York: Harper Colophon, 1980); Russell y Van de Ven, op. cit.; Judith Lewis Herman, *Father-Daughter Incest* (Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1981); Suzanne K. Steinmetz, *The Cycle of Violence* (New York: Praeger, 1977); Sylvia Levine y Joseph Koenig, *Why Men Rape* (Toronto: MacMillan, 1980); Susan Brownmiller, op. cit., y Connie Guberman y Margie Wolfe, eds., *No Safe Place* (Toronto: Women's Press, 1985).

expresión de la fragilidad masculina y su función en la perpetuación de la masculinidad y la dominación masculina.

En primer lugar, es probable que la violencia masculina contra las mujeres sea la expresión más clara y directa del poder masculino y femenino relativo. Que el poder social, económico y político relativos puedan ser expresados de esta manera se debe en gran medida a diferencias en cuanto a fortaleza física y entrenamiento permanente de lucha (o carencia de este). Se debe también al dualismo activo/pasivo. La actividad en forma de agresión es parte de la definición de género masculino; mas, esto no significa que esta definición siempre incluya violación y maltrato físico aunque es una posibilidad dentro de una definición de actividad que después de todo se fundamenta en el cuerpo.

La violación es un buen ejemplo de la manifestación de estas relaciones de poder y de las consecuencias de la fragilidad masculina en una sociedad de represión excedente. En los testimonios de violadores se perciben una y otra vez expresiones de inferioridad, impotencia e ira. Pero, ¿superiores a quiénes pueden sentirse estos hombres? La violación es un crimen que no sólo demuestra poder físico sino que lo hace en el lenguaje de las relaciones hombre/mujer, sexo/género. Los testimonios de violadores convictos recogidos por Douglas Jackson a finales de la década de 1970 son escalofrantes y reveladores.³² Hal: "me sentía muy inferior a los demás... me sentía muy mal conmigo mismo y al cometer una violación me desquité con alguien que pensaba inferior a mí, alguien a quien podía controlar." Carl: "creo que me sentía tan mal, tan miserable y vil..." Len: "lo que creo es que la violación no es tanto deseo sexual como los sentimientos que una persona tiene sobre sí misma y

32. Levine y Koening, *op cit*, págs. 28, 42, 56, 72.

cómo esto se relaciona con el sexo. Mi temor a relacionarme con la gente se volcó al sexo porque... es simplemente la forma más completa de expresar la ira, de expresar los sentimientos de uno."

Esta ira y dolor pueden o no ser experimentados en relación a las mujeres. En uno u otro caso se dirigen a mujeres que, definidas como el "otro" en una sociedad falocéntrica, son objetos de mistificación por parte de los hombres; objetos sobre los cuales los hombres han aprendido, desde su nacimiento, a expresar y desahogar sus sentimientos, o simplemente objetos con menos poder social y músculos más débiles. Es el crimen por excelencia contra las mujeres ya que a través de él se expresa plenamente la diferenciación de los seres humanos basada en el sexo.

Esta ira y este dolor están, a veces, matizados por los efectos de la jerarquía de clase. John: "no me simpatizaban mucho las mujeres. Sentía que no podía conquistarlas por mí mismo. Me decidí por las mujeres de clase baja e intentaba hacerlas parecer aun más bajas de lo que realmente son; porque, lo que realmente quería era una mujer de clase alta pero no tenía la sutileza necesaria para conquistar mujeres de esta clase."

La violencia masculina dentro de las relaciones, tal como la violación y el maltrato físico y lo que Meg Luxton llama la "pequeña tiranía" de la dominación masculina en el hogar,³³ ha de analizarse "en términos de violencia dirigida contra la mujer y contra la mujer como esposa".³⁴ La familia constituye un campo para la expresión de necesidades y emociones consideradas ilegítimas en cualquier otra parte;³⁵ es uno de los lugares en donde el

33. Meg Luxton, *More than a Labour of Love* (Toronto: Women's Press, 1980), 66.

34. Margaret M. Killoran, "The Sound of Silence Breaking. Toward a Metatheory of Wife Abuse (M. A. thesis, McMaster University, 1981), 148.

35. Barrett y McIntosh, op. cit., p. 23.

hombre se siente lo suficientemente seguro para expresar sus emociones. Al romperse el dique, las emociones se desbordan sobre las mujeres y los niños.³⁶ El hogar también se convierte en el lugar donde se descarga la violencia experimentada por los individuos en su trabajo. "En el trabajo los hombres son impotentes, de modo que en su tiempo libre quieren sentir que controlan sus vidas."³⁷

Aun cuando se puede tratar esta violencia en términos de agresión masculina, la misma opera dentro del dualismo actividad/pasividad, masculinidad/femineidad. El uno no puede existir sin el otro. Esto no equivale a culpar a las mujeres por ser golpeadas o a excusar a los hombres que golpean; no es sino indicio de que las diversas formas de violencia masculina contra las mujeres constituyen una afirmación enérgica de que la masculinidad sólo puede existir en oposición a la femineidad. La masculinidad requiere ser respaldada y afirmada constantemente. Esta afirmación se manifiesta de innumerables maneras. La mayoría de los hombres ni son violadores ni golpean a sus esposas, si bien es probable que la mayoría de ellos ha utilizado su superior fuerza física o algún tipo de coacción o amenaza física contra alguna mujer al menos una vez cuando

36. La violencia en el hogar, por supuesto, no es monopolio de los hombres.

En Estados Unidos, hombres y mujeres son responsables de casi el mismo número de homicidios. En el 1975, el 8% de los homicidios fueron cometidos por esposos contra esposas y el 7.8% por esposas contra esposos. Estas cifras, sin embargo, no toman en cuenta la cadena de la violencia; es decir, el hecho de que la mayoría de estas mujeres estaban reaccionando contra el maltrato físico infligido por sus esposos. (Véase Steinmetz. *op. cit.*, p. 90). Asimismo, hombres y mujeres parecen maltratar verbal y físicamente a los niños en igual proporción. Sólo en el caso del incesto existe un monopolio por parte de los hombres. Los estimados varían mucho, pero entre un quinto y un tercio de las niñas experimentan algún tipo de contacto sexual con un adulto hombre, en la mayoría de los casos con el padre, el padrastro, un pariente o un maestro. (Véase Herman, *op. cit.*, 12 y *passim*.)

37. Luxton, *op. cit.*, p. 65.

adolescente o adulto. Pero, para aquellos que abrigan grandes dudas personales o tienen imágenes altamente negativas de sí o no pueden lidiar con sentimientos cotidianos de impotencia, la violencia contra las mujeres se puede convertir en un medio de afirmación de su poder personal en el lenguaje de nuestro sistema de sexo/género. El hecho de que estas formas de violencia no hacen sino fortalecer la imagen negativa de sí mismo demuestra la fragilidad, artificialidad y precariedad de la masculinidad.

La Violencia contra otros Hombres

En el nivel de la conducta, la violencia de los hombres contra otros hombres es evidente en todos los niveles de la sociedad. Algunas formas, como la pelea, la exhibición ritual de violencia entre adolescentes y algunos grupos de hombres adultos, la violación institucionalizada en las cárceles y los ataques a homosexuales o minorías raciales, son expresiones directas de este tipo de violencia. En muchos deportes, la violencia está incorporada al ejercicio y al entretenimiento. La humillación verbal y, combinada con factores económicos y de otra índole, la competencia en el mundo de los negocios, de la política y académico son formas más sutiles de esta misma violencia. En su forma más espantosa, la violencia ha sido, desde hace mucho tiempo, un método aceptable e incluso preferido para enfrentar diferencias y conflictos entre diferentes grupos y estados. En el caso de la guerra, al igual que en muchas otras manifestaciones de violencia, la violencia contra otros hombres (y contra mujeres civiles) se combina con factores económicos, ideológicos y políticos autónomos.

Sin embargo, la violencia masculina contra otros hombres es más que la suma de diferentes actividades y tipos de conducta. Además de los factores autónomos

que involucra, esta forma de violencia representa una descarga de agresión y hostilidad a veces recíproca, a veces unilateral que, junto al permanente potencial de violencia masculina contra otros hombres, refuerza el hecho de que, tanto a nivel individual como de estado, las relaciones entre hombres son relaciones de poder.³⁸

La mayoría de los hombres experimentan la violencia en sus vidas. Algunos tuvieron un padre dominante, severo, aun brutal, otros un padre que no les brindaba suficiente apoyo, y aún otros un padre que consciente o inconscientemente rechazaba su necesidad de contacto físico y afectividad después de cierta edad. Todos los hombres han pasado por la experiencia de ser golpeados y fastidiados cuando niños y todos aprendieron a golpear o a huir, o a fastidiar a otros o a eludir el enfrentamiento mediante bromas. Pero, en todo caso, estas tempranas experiencias de violencia causaban una increíble cantidad de ansiedad y requerían de un enorme consumo de energía para ser resueltas. Esta ansiedad se cristaliza en el temor encubierto (particularmente entre hombres heterosexuales) de que todos los demás hombres sean potencialmente sus humilladores, enemigos y competidores.

Mas esta hostilidad mutua no siempre se expresa. Los hombres han creado instituciones complejas de unión y camaradería masculina tales como clubes, pandillas,

38. Este hecho fue señalado en 1972 por I. F. Stone en un artículo sobre la guerra de Vietnam. En una conferencia sobre el escalamiento de los bombardeos en el Norte, el funcionario del Pentágono describió la estrategia de los Estados Unidos como dos muchachos peleando: "si un muchacho tiene al otro amarrado por el brazo en una toma, es probable que pueda hacerle decir "me rindo" si aumenta la presión de la toma mediante sacudidas bruscas y dolorosas y si indica claramente que está dispuesto a romperle el brazo." ("Machismo in Washington", reimpresso en Pleck y Sawyer, *op. cit.*, 131). Aunque las mujeres son también víctimas de la guerra, incluyo la guerra en la categoría de violencia contra hombres porque me refiero a la casualidad de esta.

equipos, excursiones de pesca, juegos de barajas, bares y gimnasios, por no decir nada la gran fraternidad del Hombre. Es indudable, como han señalado muchas feministas, que los clubes de hombres heterosexuales son una subcultura de privilegio masculino; pero son también refugios donde los hombres, de común acuerdo, pueden sentirse seguros entre otros hombres y donde pueden expresar su amor y afecto por otros hombres.

Freud sugiere que el establecimiento de relaciones sociales entre hombres requiere de mucha pasividad pero que esta misma pasividad provoca el temor de perder el poder propio. (En una sociedad falocéntrica, de dominación masculina, este temor se convierte en lo que Freud llama "ansiedad de castración".) Existe una constante tensión entre actividad y pasividad. La razón de ser y una de las muchas funciones de las instituciones masculinas es mediar esta tensión entre actividad y pasividad entre los hombres.

Mis pensamientos transportan al sexto curso y a la constante manifestación de este drama; el reto a pelear, el puñetazo en el estómago que me dejaba sin aire, la acostumbrada palmada en el hombro a manera de saludo. Antes de empezar las clases, después de ella, durante los cambios de clases, en el recreo y cada vez que nos topábamos con un amigo que no hubiéramos visto en los últimos minutos, nos dábamos una trompada en el hombro. Recuerdo que caminaba por los pasillos temeroso de encontrarme con Ed Skagle, un fornido joven, jugador de fútbol, un curso más adelantado que yo, que me dejaba el hombro magullado cuando me saludaba. Lo interesante de todo esto es que la mayoría de las veces era un gesto amistoso y afectuoso; mucho después de haber desaparecido las magulladuras del hombro, recuerdo la sonrisa de Ed y su manera protectora de saludarme. Pero no podíamos expresar

este afecto sin mantener el equilibrio activo/pasivo. Más precisamente, en la psicología masculina de agresión excedente, las expresiones de afecto y la necesidad de relacionarse con otros niños tenía que ser balanceada por una agresión activa. Sin embargo, la definición tradicional de la masculinidad no es sólo la agresión excedente; es también la heterosexualidad exclusiva dado que el mantenimiento de la masculinidad precisa de la represión de la homosexualidad.³⁹ La represión de la homosexualidad es una cosa, pero ¿cómo se explica el intenso temor a la homosexualidad, la homofobia, tan presente en la interacción masculina? No es simplemente que muchos hombres pueden elegir no tener relaciones sexuales con otros hombres, sino más bien que la posibilidad les resulta aterradora y execrable.

Freud demostró que al niño renunciar al padre, y por lo tanto a los hombres, como objeto de amor sexual renuncia a lo que se consideran deseos sexuales pasivos. La futura inserción del niño en la comunidad masculina es parte de la ecuación:

varón = pene = poder = activo = masculino.

La otra parte de la ecuación, en el lenguaje del inconsciente en la sociedad patriarcal, es:

hembra = castrada = pasiva = femenina.

Estas ecuaciones inconscientes parecen absurdas, sin embargo, son parte de una alucinación colectiva de la sociedad patriarcal. El niño que se desvíe de estas normas experimenta una grave ansiedad porque lo que aparentemente está en juego es su habilidad de ser activo. La atracción erótica hacia otros hombres se

39. Esto es cierto tanto de la masculinidad como institución como de la masculinidad en el individuo. Los hombres homosexuales mantienen intactas ciertas partes de las normas masculinas autorrepresivas, simplemente porque han nacido y se han criado en una sociedad predominantemente heterosexual y patriarcal.

sacrifica porque no existe un modelo fundamental para nuestra sociedad de amor erótico activo hacia otros hombres. Los emotivos lazos físicos con el padre y amigos durante la niñez eventualmente producen sentimientos de pasividad y peligro y son desechados. La ansiedad producida por el riesgo de perder poder y actividad es "el móvil del aprendizaje social de roles de sexo y género de una niño "normal". Los niños interiorizan la definición de hombre "normal" y "verdadero" como poseedor de un pene y por lo tanto amante sólo de mujeres y amante activo; como poseedor de un pene y por lo tanto "fuerte" y "duro" y no "blando", "débil", "complaciente", "sentimental", "afeminado" y pasivo. Desviarse de esta definición es no ser un verdadero hombre, es provocar (lo que Freud define como) la "ansiedad de castración."⁴⁰

Dicho de otra manera, el niño aprende la jerarquía sexual de la sociedad. Este proceso de aprendizaje es en parte consciente y en parte inconsciente. Para un niño, ser una niña es una amenaza que produce ansiedad porque representa una pérdida de poder. Mientras se alcanza el verdadero poder, el niño corteja con este en el mundo de la imaginación (con super héroes, pistolas, fantasías y la pretensión de ser adulto). Pero la influencia continua de deseos pasivos, la atracción hacia las niñas y la madre, la fascinación con el origen de los bebés garantizan la permanencia de una tensión. En este mundo, lo único que es tan malo como ser una niña es ser una mariquita; es decir, ser como una niña.⁴¹ Aunque el niño no iguala conscientemente el ser una niña o mariquita con actividad genital homosexual, durante la pubertad estos sentimientos, pensamientos y ansiedades se transfieren a la homosexualidad en sí.

40. Horowitz, op. cit., 99.

41. Esta formulación me fue sugerida por primera vez por Charlie Kreiner en un taller de asesoramiento para hombres en 1982.

Para la mayoría de los hombres, el establecimiento de la norma masculina y las severas prohibiciones sociales contra la homosexualidad son suficientes para enterrar el deseo erótico hacia otros hombres. Sin embargo, la represión de la bisexualidad no es suficiente para contener este deseo. Parte de esta energía se transforma en placeres derivados, tales como cultura física, camaradería masculina, glorificación de héroes, rituales religiosos, guerra y deportes, en los cuales se puede expresar el placer de estar con y admirar a otros hombres. Pero, estos tipos de actividades no son suficientes para neutralizar la bisexualidad constitutiva, la fusión orgánica de pasividad y actividad y el amor hacia nuestros padres y amigos. La gran mayoría de los hombres, además de aquellos cuya preferencia sexual es abiertamente homosexual, ha tenido relaciones sexuales o cuasi sexuales con otros hombres o ha fantaseado o soñado con este tipo de relaciones en algún momento de su niñez, adolescencia o adultez. Aquellos hombres que no han pasado (o no recuerdan haber pasado por ello) invierten mucha energía en la represión y negación de estos pensamientos y sentimientos. Peor aún, todas aquellas actividades altamente masculinas en el campo de los deportes, en los lugares de reunión, en los vestuarios, no disipan los sentimientos eróticos hacia otros hombres; mas bien los reviven. Es lo que Freud llamaría el retorno de lo reprimido.

Esto no ha sido nunca tan magníficamente expresado como en la escena de lucha en el libro de D. H. Lawrence, quizás titulado impropriamente, *WOMEN IN LOVE*. Era tarde en la noche, Birkin recién llegado a la casa de Gerald después de haber sido rechazado en una propuesta de matrimonio. Conversaron acerca del trabajo, el amor, la pelea y terminaron desvistiendo y luchando frente al fuego de la chimenea. Mientras luchaban "parecían como empujar su carne blanca más y

más el uno contra el otro, como si se fueran a quebrar en un solo ser". Se entrelazaban, luchaban, se apretaban más y más cerca.. "Un nudo tenso y blanco de carne fue apretado en silencio." El delgado Birkin "parecía penetrar en el cuerpo más sólido, más difuso, de Gerald, mezclando su cuerpo en el del otro, como si lo fuera dominando sutilmente, anticipando siempre, diabólicamente, cada movimiento de la otra carne, transformándolo y neutralizándolo, valiéndose de los miembros y el tronco de Gerald como de un viento... Una y otra vez se escuchaba el jadeo, o un sonido como de un suspiro, y luego el ruido sordo de los movimientos sobre la gruesa alfombra, y luego el extraño sonido de la carne escapando de la carne."⁴²

Son las mismas instituciones de vinculación masculina y poder patriarcal las que constantemente compelen a los hombres a volver a experimentar su cercanía y atracción hacia otros hombres; es decir, aquello mismo a que temen. Nuestra atracción por nosotros mismos, por más ambivalente que sea, puede ser generalizada solamente como una atracción hacia los hombres en general.

Una fobia es un medio por el cual el ego trata de hacer frente a la ansiedad. La homofobia es un medio por el cual los hombres intentan hacer frente no simplemente a la atracción erótica hacia otros hombres infructuosamente reprimida sino a toda la ansiedad que provocan los también infructuosamente reprimidos deseos sexuales pasivos, sean estos dirigidos a hombres o mujeres. Pero, dice Otto Fenichel, con frecuencia "los individuos con fobias no logran evadir las situaciones temidas; una y otra vez se ven obligados a experimentar precisamente aquello que temen. A menudo es ineludible concluir que esto se debe a la propia estructuración de su

42. D. H. Lawrence, *Women in Love* (Harmondsworth: Penguin, 1960), 304—5. Publicado originalmente en 1921.

inconsciente. Parecería que inconscientemente luchan por aquello que temen conscientemente. Esto es comprensible debido a que las situaciones temidas eran originalmente deseos instintivos. Es como un "retorno a lo reprimido".⁴³

En el caso de la homofobia no se trata simplemente de una fobia individual, aunque es cierto que el grado de homofobia varía de individuo a individuo. Se trata de una fobia construida socialmente que resulta indispensable para la imposición y el mantenimiento de la masculinidad. Una manifestación clave de homofobia es la negación obsesiva de la atracción masculina, negación que se expresa en violencia contra otros hombres. Dicho de otra manera, la violencia masculina contra otros hombres es uno de los principales recursos utilizados por la sociedad patriarcal para expresar y rechazar simultáneamente la atracción de los hombres hacia los hombres.⁴⁴

Las formas específicas en que se manifiestan la homofobia y la violencia masculina contra otros hombres varían de hombre a hombre, de sociedad a sociedad y de clase a clase. La enorme cantidad de violencia manifestada directamente y de homofobia violenta entre algunos grupos de jóvenes de clase obrera bien valdría la pena analizarla para explicar la relación entre clase y género.

La violencia masculina contra otros hombres interactúa con y refuerza la violencia contra las mujeres. Este componente de la tríada de la violencia masculina contiene parte de la lógica de la agresión excedente; explica la tendencia de muchos hombres a utilizar la fuerza como medio para ocultar y manifestar sus

43. Fenichel, op. cit., 312.

44. Véase en este volumen el análisis de Robin Wood de la película *Raging Bull*.

sentimientos simultáneamente. Al mismo tiempo, el temor a los demás hombres, especialmente el temor de parecer débiles y pasivos con relación a otros hombres, contribuye a crear en los hombres una fuerte dependencia en las mujeres para satisfacer necesidades emocionales y descargar emociones.

En una sociedad patriarcal de represión excedente y clasista, se acumulan grandes cantidades de ansiedad y hostilidad que necesitan ser liberadas. Sin embargo, el temor a las emociones propias y el miedo de perder el control significan que esta liberación sólo tiene lugar en una situación segura. Para muchos hombres esa sensación de seguridad la proporciona una relación con una mujer, la dedicación de una amiga o una amante. Más aún, como se trata de una relación con una mujer esta tiene resonancias inconscientes de aquella primera gran relación pasiva del niño con su madre. Pero, en esta situación y en otros actos de violencia masculina contra las mujeres, también existe la seguridad que se deriva del hecho de interactuar con alguien que no representa una amenaza psíquica, que tiene menos poder social, que probablemente es menos fuerte físicamente y que opera dentro de un patrón de pasividad excedente. Finalmente, dada la fragilidad de la identidad masculina y la tensión interna de lo que significa ser masculino, la afirmación final de la masculinidad reside en el poder sobre las mujeres. Este poder puede manifestarse de muchas maneras.

La violencia es una de ellas.

La Violencia contra sí Mismo.

Al hablar de la violencia del hombre contra sí mismo me refiero a la estructura misma del ego masculino. La formación del ego en un marco de represión y agresión excedentes, es el desarrollo de una estructura precaria

de violencia interiorizada. El continuo bloqueo y negación consciente e inconsciente de la pasividad y de todas las emociones y sentimientos que los hombres asocian con ésta, como el temor, el dolor, la tristeza, la vergüenza, es la negación de parte de uno mismo. La constante vigilancia psicológica y conductual de la pasividad y sus derivados constituye un acto de violencia perpetua contra uno mismo. La negación y el bloqueo de toda una gama de emociones y aptitudes humanas se agrava con el bloqueo de las vías de descarga. Es necesaria la descarga de temor, dolor y tristeza por ejemplo (ya sea por el llanto o el temblor) pues estas emociones dolorosas subsisten aun cuando no sean sentidas conscientemente. Los hombres se convierten en ollas de presión. La falta de vías seguras de expresión y descarga emocional significa que toda una gama de emociones se transforma en ira y hostilidad. Parte de esta ira se dirige contra uno mismo en forma de sentimiento de culpabilidad, odio a sí mismo y diversos síntomas fisiológicos y psicológicos; parte se dirige a otros hombres y parte hacia las mujeres.

Al final de este proceso, los hombres se encuentran tan distanciados de sí mismos que el símbolo mismo de masculinidad se convierte en un objeto, una cosa. La preocupación de los hombres por el poder y el placer genital se une a la desensibilización del pene. Según Emmanuel Reynaud, los hombres le adscriben lo mejor que pueden "la frialdad y la dureza del metal". Lo convierten en su herramienta, su arma, su cosa. "Lo que pierden en placer, esperan compensarlo en poder; pero aún si consiguen un innegable símbolo de poder, ¿qué placer pueden verdaderamente sentir con una arma entre las piernas?"⁴⁵

45. Emmanuel Reynaud, *Holy Virility*, trad. Ros Schwartz (London: Pluto Press, 1983, 41—2.

Más allá de la Violencia Masculina

A lo largo de la obra de Gabriel García Márquez, EL OTOÑO DEL PATRIARCA, el eterno dictador marcha por el palacio, arrastrando siempre sus enormes pies, en corredores interminables impregnados de corrupción. No había salida del mundo de terror, miseria y decadencia que él mismo había creado. Su tragedia era que estaba "condenado para siempre a vivir respirando el mismo aire que lo asfixiaba."⁴⁶ Como hombres, estamos condenados de manera similar, ¿o es que existe alguna forma de escapar de la tríada de la violencia masculina y de las precarias estructuras de la masculinidad que recreamos en contra de nosotros mismos, de las mujeres, los niños y el mundo?

Dictar una serie de cambios conductuales y legales para combatir la violencia masculina contra las mujeres obviamente no basta. Aún cuando cada vez más hombres se convencen de la existencia del problema, este reconocimiento no afecta las estructuras inconscientes de la masculinidad. Cualquier hombre que simpatice con el feminismo se percata de las dolorosas contradicciones entre sus opiniones conscientes y sus más profundas emociones y sentimientos.

El análisis de este artículo sugiere que los hombres y las mujeres deben enfrentar cada componente de la tríada de violencia masculina y las órdenes socio-económicas y psicosexuales que le sirven de base. En otras palabras, es imposible combatir efectivamente cualquier componente de la tríada de manera aislada.

El contexto social que fomenta la violencia masculina y la relación entre la transformación socioeconómica y el fin del patriarcado han sido temas predominantes del

46. Gabriel García Márquez, *Autumn of the Patriarch*, trad. Gregory Rabassa (Harmondsworth: Penguin, 1972), 111. Publicado originalmente en 1967.

pensamiento feminista socialista. Este es un marco ideológico que admito a pesar de sus interrogantes sin respuesta y las controversias que suscita. El patriarcado y los sistemas autoritarios y de dominación de clase se sostienen el uno al otro. Refiriéndose a la relación entre el capitalismo y la opresión de las mujeres, Michele Parrett afirma que las divisiones hombre/mujer

están incorporadas sistemáticamente a la estructura y forma de las relaciones sociales capitalistas... y desempeñan un papel importante en la estabilidad política e ideológica de esta sociedad. También son constitutivas de nuestra subjetividad así como también, en parte, de la hegemonía política y cultural capitalista. Están, además, entrelazadas con la relación fundamental que existe entre el sistema de trabajo asalariado y la organización de la vida doméstica, de manera que resulta imposible imaginar que puedan ser extraídas de las relaciones de producción y reproducción del capitalismo sin que estas relaciones se vean transformadas radicalmente.⁴⁷

El fin de la violencia masculina precisa de cambios socioeconómicos y políticos radicales. Pero los cambios macrosociales no bastarían para resolver el problema de la violencia masculina, no sólo debido a la urgencia y actualidad de este, sino porque la continua existencia de la masculinidad y la agresión excedente conspira contra los ambicionados cambios macrosociales fundamentales.

47. Barrett, *op. cit.*, págs. 254—5. Willis opina de manera similar en su discusión sobre el desarrollo de la clase obrera masculina. Según este, el patriarcado "contribuye a crear las verdaderas condiciones humanas y culturales que de hecho permiten que los roles subordinados se adopten "libremente" dentro de la democracia liberal. (Willis, *op. cit.*, 151). Pero, a su vez, esto refuerza las trabas al cambio, al mantener una división dentro de la clase obrera. Como señala un artículo en *Shrew* de principios de la década de 1970, "la tendencia que tienen los obreros de considerarse hombres (es decir, poderosos) más que obreros (es decir, miembros de una clase oprimida), promueve un falso sentido de privilegio y poder y una identificación con el mundo de los hombres, incluido el patrón." *Shrew* 3 No. 5 (Junio de 1971): 1—2, citado por Sheila Rowbotham, *Women's Consciousness, Men's World* (Harmondsworth: Penguin, 1973).

Las feministas han centrado su lucha en combatir las diversas manifestaciones de violencia contra las mujeres. Las campañas de educación pública feminista contra la violación, el maltrato físico, el acoso sexual, y en general, a favor del control de las mujeres sobre sus propios cuerpos son indispensables para desafiar la violencia masculina. El respaldo de los hombres a la lucha feminista en sus centros de trabajo y entre sus amigos, constituye una parte importante de esta lucha. Hay muchas formas posibles de trabajo entre hombres. Estos pueden: formar grupos de asesoramiento y establecer centros de asistencia para hombres que golpean a sus esposas (como en el caso actualmente en diversas ciudades de Norteamérica); abogar por la inclusión de cláusulas sobre acosamiento sexual en acuerdos colectivos y en las constituciones y estatutos de los sindicatos, asociaciones, escuelas y partidos políticos; reunir fondos y solicitar financiamiento gubernamental para el mantenimiento de centros de asistencia a mujeres violadas y refugios para mujeres golpeadas; pronunciarse contra la pornografía violenta y sexista; desarrollar campañas en el vecindario contra el maltrato de esposas y niños; y rehusarse a tomar parte en el sexismo de compañeros de trabajo, colegas y amigos. Esto último es quizás lo más difícil de todo y requiere de paciencia, humor y el apoyo de otros hombres que luchan contra el sexismo.

Las soluciones son extremadamente complejas y difíciles dado que la violencia masculina contra las mujeres es inseparable de los otros dos componentes de la tríada de violencia masculina. Los cambios ideológicos y la conciencia de la existencia de los problemas son importantes pero insuficientes. Aunque se pueden contemplar cambios respecto a la organización de la crianza de los niños (que a su vez precisarían de cambios económicos fundamentales), una solución definitiva ha de ir

mucho más lejos. Sólo la creación de sociedades sin represión excedente (como sea que estas fueran) permitirá una mayor manifestación de las necesidades humanas, que junto a un ataque al patriarcado en sí, reducirá la división entre los deseos psicológicos activos y pasivos.⁴⁸

El proceso para lograr estos objetivos a largo plazo implica muchos cambios económicos, sociales, políticos, y psicológicos, cada uno de los cuales requiere a su vez una transformación fundamental de la sociedad. Transformación esta que no surgirá de una amalgama de individuos cambiados. No obstante, existe una relación entre el cambio a nivel personal y la capacidad de crear alternativas políticas, económicas y de organización que puedan desafiar efectivamente el *status quo*.

Una forma de lucha personal adoptada por un creciente número de hombres ha sido la creación de grupos de apoyo masculino. Algunos grupos centran su actividad en la concientización, pero la mayoría de ellos enfatizan la importancia de que los hombres hablen acerca de sus sentimientos, de sus relaciones con otros hombres y con mujeres y de cualesquiera problemas personales. En ocasiones, estos grupos han sido criticados por hombres anti-sexistas como un lugar más de connivencia masculina hacia las mujeres. Proponen como alternativa grupos cuyo objetivo primario sea brindar apoyo a la lucha conducida por las mujeres u organizar directamente campañas anti-sexistas entre hombres. Estas actividades son muy importantes pero también lo es la creación de nuevas estructuras de apoyo entre hombres, estructuras que han de ir más allá de la forma tradicional de concientización.

La concientización generalmente gira en torno a las

48. Para una discusión de sociedades sin represión excedente, particularmente en el sentido de ser complemento al concepto marxista de comunismo, véase Horowitz, op. cit., especialmente el capítulo 7 y también Marcuse, op. cit., especialmente los capítulos 7, 10 y 11.

manifestaciones de la opresión de la mujer y a la conducta opresiva del hombre; pero, como hemos visto, la masculinidad es más que la suma de las formas de conducta agresiva. Está profunda e inconscientemente fijada en la estructura del ego y el superego masculino, es en lo que nos hemos convertido. Tener conciencia de la conducta opresiva es importante pero con demasiada frecuencia sólo conduce a un sentimiento de culpabilidad por ser hombre; y la culpabilidad es un sentimiento profundamente conservador y como tal de poca utilidad en la producción de cambios. No se puede cambiar o inspirar cambios en otros desde una posición de inseguridad y culpabilidad; después de todo, la inseguridad respecto a las credenciales masculinas jugó un papel importante en la adquisición individual de la masculinidad y la violencia masculina.

Es necesario promover la fortaleza y la seguridad personal que permiten a los hombres hacer cambios personales fundamentales y enfrentar el sexismo y el heterosexismo de la sociedad en general. Los grupos de apoyo generalmente le permiten a los hombres hablar de sus sentimientos, de cómo también han sido afectados por haber crecido en una sociedad de represión excedente, y de cómo, a su vez, ocasionalmente actúan de manera opresiva. Los hombres empiezan a ver la correspondencia entre las experiencias dolorosas y frustrantes de sus vidas y las formas relacionadas de conducta opresiva. Como indica Sheila Rowbotham, "la exploración de las áreas internas de la conciencia es para nosotros una necesidad política."⁴⁹

Hablar entre hombres es un gran paso adelante, pero es seguir operando dentro de los límites aceptables de lo que los hombres consideran como conducta racional. Las profundas barreras y temores permanecen aun cuando podamos comenzar a reconocerlos. Por lo tanto, estos grupos deben promover también la expresión directa de

49. Rowbotham, *op. cit.*, 36.

emociones (como pena, ira, furia, dolor y amor) y de intimidad física, tan bloqueados por la represión de deseos pasivos, por prohibiciones sociales y por nuestros superegos y nuestra conciencia. Esta descarga de emociones tiene muchas funciones y resultados; al igual que todas las formas de descarga emocional y física, disminuye la tensión del sistema humano y reduce las probabilidades de una descarga espontánea de emociones a través de violencia dirigida hacia o fuera de sí.

Si embargo, la expresión de emociones, en este contexto, es un medio y no un fin en sí mismo. La represión de las emociones relacionadas con sentimientos de dolor actúa como un pegamento que permite que la represión original perdure. La descarga emocional en un contexto de apoyo y estímulo, contribuye a despegar las estructuras del ego que nos obligan a conducirnos de manera rígida, fóbica, opresiva y de agresividad excedente. En cierto sentido afloja las estructuras represivas y nos permite mirar hacia nuestro interior y nuestro pasado bajo una nueva luz. Con todo, si esta descarga emocional se lleva a cabo en soledad o la experimenta un hombre en contra de su voluntad, sólo servirá para reforzar los sentimientos de impotencia, de descontrol o de necesidad obsesiva de controlar a otros. La base para el cambio sólo existe en situaciones que representan una contradicción a estos sentimientos; es decir, una situación de apoyo, afecto, estímulo y respaldo por parte de otros hombres que comparten los mismos sentimientos.⁵⁰

50. Aunque he adoptado un análisis freudiano del inconsciente y de los mecanismos de represión, estas observaciones sobre el proceso terapéutico —especialmente sobre la importancia de un ambiente de apoyo, de relaciones terapéuticas entre compañeros, de la descarga emocional y del concepto de contradicción— surgen del desarrollo de formas de terapia cooperativa, en particular la terapia de reevaluación. Pero, a diferencia de la última, no creo que ninguno de nosotros pueda descargar todo el dolor, la pena y la ira y descubrir un ser esencial, simplemente porque nuestro propio

El estímulo a descargar emociones y a dialogar abiertamente entre hombres también aumenta la sensación de seguridad que empiezan a experimentar los hombres al estar entre sí. Esto, a su vez, les ayuda a combatir el temor obsesivo, aunque inconsciente, hacia otros hombres. La mayoría de los hombres heterosexuales experimentan durante toda su vida este temor inconsciente y esta inseguridad. En el caso de los hombres homosexuales, aunque su patrón de conducta adulta es distinto, la sociedad heterosexista y patriarcal en que crecen y viven les inculca temores similares.

El apoyo emocional y la atención dispensadas por un grupo de hombres constituyen una gran contradicción a los sentimientos de distancia, precaución, temor y abandono experimentados con relación a otros hombres. Esta contradicción es el mecanismo que permitirá descargas adicionales, cambios emocionales y una mayor seguridad. La sensación de seguridad experimentada dentro de un grupo, aunque pequeño, de hombres les proporciona a estos una mayor seguridad y fortaleza para relacionarse con los hombres en su totalidad. Esto, a su vez, les proporciona una sensación de poder personal que les permite enfrentar el sexismo y la homofobia en todas sus manifestaciones. En cierto modo, permite, a cada hombre, ser un modelo del hombre fuerte y poderoso que no necesita comportarse de manera opresiva y violenta con relación a las

ser se crea a través de ese proceso de frustración, dolor y represión. Más bien creo que se puede lograr cierto cambio del ego, que nos permitirá integrar de manera más plena toda una gama de necesidades y deseos, lo que a su vez reducirá las formas de conducta opresivas hacia otros y destructivas hacia nosotros mismos. Más aún, al darnos una mayor conciencia de nuestros sentimientos y de los medios de descarga, y al liberar formas de energía bloqueadas, estos cambios nos permitirán actuar con una mayor resolución para cambiar el mundo.

mujeres, otros hombres o sí mismo. Esto, presumo, contribuirá a afrontar la opresión de las sociedades patriarcales, autoritarias y clasistas. Serán los cambios en nuestras propias vidas, inseparablemente entrrelazados con los cambios de la sociedad en conjunto, los que romperán las conexiones de la tríada de la violencia masculina.

SEXUALIDAD MASCULINA: HACIA UNA TEORIA DE LIBERACION

Gad Horowitz y M. Kaufman

Hasta principios de la década de 1980 la opresión sexual y la degradación de las mujeres por los hombres constituían la corriente principal del enfoque feminista sobre el sexo y la sexualidad. Se trataba de violencia, incesto, violación, pornografía o relaciones heterosexuales "normales", la sexualidad masculina se definía en términos de agresión, cosificación, dominación y opresión. La conclusión ineludible de tal análisis era que, de alguna manera, la sexualidad masculina debía ser moderada, controlada y contenida.

El recurso de este análisis lo constituía un enfoque de la sexualidad de la mujer que tendía a presentar a las mujeres como víctimas y objetos o presentaba su sexualidad como delicada, tierna y libre de conflictos. Pero en los últimos años ha surgido una nueva controversia en torno a la sexualidad de la mujer. Un torrente de libros procura analizar las tensiones inherentes a la sexualidad femenina y a la expresión

sexual en las sociedades patriarcales e industrializadas.¹ Carol Vance, editora de uno de estos libros, resume claramente esta tensión:

La tensión entre el peligro sexual y el placer sexual es muy poderosa en la vida de las mujeres. La sexualidad es un campo de restricción, represión y peligro, y al mismo tiempo de exploración, placer y albedrío. Concentrarse sólo en el placer y la gratificación sería ignorar la estructura patriarcal dentro de la cual actúan las mujeres. Sin embargo, hablar sólo de violencia y opresión sexual sería ignorar las experiencias de albedrío y elección sexuales de las mujeres; sería aumentar, inadvertidamente, el terror y la desesperanza sexuales en que viven las mujeres.²

A pesar de que el debate feminista sobre sexualidad ha avanzado considerablemente, la comprensión de la sexualidad masculina por parte de hombres y mujeres permanece lamentablemente rechazada. Aun los homosexuales, que han afirmado constantemente la sexualidad masculina, han escrito mucho más sobre la historia, la identidad y la cultura homosexual que sobre la sexualidad en sí.

La mayoría de los hombres, independientemente de su orientación sexual, abrigan sentimientos confusos en cuanto a su sexualidad. Los hombres heterosexuales y bisexuales que han adquirido conciencia del sexismo y de la opresión de las mujeres a menudo se sienten atrapados entre el deseo sexual y la inquietante confusión respecto a formas de conducta o fantasía sexual que parecen ser, o de hecho son, opresivas para

1. Véase, por ejemplo, Ann Snitow, Christine Stansell y Sharon Thompson, eds., *Powers of Desire* (New York: Monthly Review Press, 1983); Carol S. Vance, ed., *Pleasure and Danger: Exploring Female Sexuality* (Boston: Routledge and Kegan Paul, 1984). Sue Cartledge y Joanna Ryan, eds., *Sex and Love: New Thoughts and Old Contradictions* (London: The Women's Press, 1983); y Mariana Valverde, *Sex, Power and Pleasure* (Toronto: Women's Press, 1985).
2. Carol S. Vance, "Pleasure and Danger: Toward a Politics of Sexuality", en Vance, *op. cit.*, 1.

las mujeres. A muchos hombres homosexuales y bisexuales los desconcierta el conflicto (determinado por nuestra sociedad) entre sus deseos sexuales hacia otros hombres y sus propias identidades de género.

Como es el caso con muchos otros temas sobre los hombres, podemos beneficiarnos de las recientes investigaciones realizadas por las feministas sobre la sexualidad femenina. Es decir, la concepción de la sexualidad como un sistema socialmente construido de conflicto y tensión interna puede servirnos como punto de partida.

La sexualidad masculina no es simplemente algo bueno o malo. Encierra tensión, conflicto y lucha. Del desafío feminista al patriarcado surge una serie de conflictos internos además de una nueva forma de conflicto sociopolítico. La interacción de estos conflictos tiende a producir ansiedad, acompañada de culpabilidad y confusión en un extremo y de agresión exacerbada en el otro. Esta ansiedad se manifiesta, por un lado, en los sentimientos de culpabilidad de muchos hombres simpatizantes del feminismo y, por otro, en el incremento de las representaciones gráficas de violencia contra las mujeres y, quizás, de violencia en sí.³ Pero, la mera represión o supresión de la sexualidad masculina o la prohibición de la venta de pornografía no reducirá el conflicto y la tensión; la solución será, más bien, la liberación sexual dentro de sociedades organizadas para satisfacer la gama más amplia posible de necesidades humanas.

En términos bien abstractos, la tensión interna de la

3. Resulta muy difícil analizar el incremento estadístico de la violación y el maltrato físico de la esposa, registrado en varios países, durante la última década, debido a que las estadísticas no necesariamente reflejan un aumento real. Este incremento bien podría explicarse por un aumento en la disposición de las mujeres a denunciar estos crímenes.

sexualidad masculina radica entre el placer y el poder. El poder se deriva de tocar, sentir, fantasear e intimar; se deriva, en definitiva, del cuerpo. El poder es de dos clases. La primera es el puro poder del placer. Que el placer sea conflictivo o no depende de los sentimientos de culpabilidad de cada quien. Pero, el poder de la sexualidad masculina también se deriva de las relaciones sociales de poder; el poder social sobre las mujeres, el poder de las restricciones sociales y las formas socialmente impuestas de represión sexual; el poder social de la heterosexualidad sobre la homosexualidad; la interiorización de dominación social y sexual en la forma de las estructuras de la masculinidad y de un sentido de culpabilidad.

Pero, por supuesto, no se trata de un simple dualismo de placeres corporales y poder socialmente construido. La sexualidad no se puede divorciar de los placeres derivados de las relaciones de poder o, inversamente, las inhibiciones sensuales a menudo tienen que ver con las relaciones de poder existentes. Más aún, la forma misma en que nuestros cuerpos experimentan placer resulta de la interacción entre el cuerpo y el mundo real.

Por lo tanto, es más preciso hablar de una serie de conflictos. Nuestra sexualidad y nuestra vida sexual muestran conflictos entre el placer sexual en sí, las restricciones de la masculinidad, la opresión de las mujeres, la represión de una polisexualidad innata (es decir, la represión de una sexualidad amplia y fluida) y un fetichismo generalizado de los objetos de deseo.

Este capítulo trata en un número de áreas en las cuales estos conflictos se manifiestan. La primera parte examina la división entre actividad y pasividad y la represión de la polisexualidad innata de los hombres. El propósito es investigar como está estructurada la sexualidad masculina a nivel psicológico y obtener

algunos conceptos básicos con los cuales examinar sus conflictos. Esta primera parte concluye con el esbozo de una teoría de la liberación de la sexualidad masculina. La segunda parte trata sobre dos temas interrelacionados, la cosificación sexual y la pornografía, para determinar si el marco de la primera parte no es útil en el análisis de algunos de los dilemas y conflictos que enfrentan los hombres y las mujeres en sus intentos por entender y cambiar su mundo sexual y social.

Nuestro enfoque general es psicoanalítico. Una de las grandes contribuciones del psicoanálisis es el concepto de que no existe una forma natural de sexualidad. La sexualidad es simplemente la capacidad que tienen los humanos de derivar placer del cuerpo. La forma que tome la sexualidad del niño y del adulto es producto de la madurez biológica y de la evolución histórica dentro del medio social y el medio natural. En nuestra interpretación psicoanalítica el análisis no parte del individuo abstraído de la sociedad. Nuestro punto de partida es la sociedad y el cuerpo; un cuerpo que forma parte de la sociedad. La creación de un ser humano es en sí una actividad profundamente social, al igual que lo son las experiencias de ese cuerpo a partir de ese momento. Tampoco partimos de la sociedad abstraída del cuerpo; la sociedad no existe como un conjunto de estructuras ajenas al ser humano sino que se encuentra fijada en el cuerpo. La sociedad es personificada; con sólo mirar la postura de un soldado o la pose de un modelo nos basta para entenderlo.

El uso del modelo psicoanalítico presenta tres problemas. El primero es un largo historial de interpretaciones objetables, superficiales, sexistas, conservadoras. Este bagaje ideológico ofensivo se remonta al propio Freud y constituye una tradición de la cual tratamos de disociarnos. El segundo es el hecho de que el psicoanálisis utili-

za un vocabulario complejo y especializado que hay que manejar para poder entender el enfoque en su totalidad. El hecho de que este vocabulario en sí se haya interpretado de manera superficial, sexista y conservadora empeora aún más las cosas. Trataremos pues de limitar en lo posible el uso de terminología especializada y, cuando sea necesario, explicaremos los términos utilizados con cuidado de no atascarnos en debates sobre este punto. El tercer problema es que el psicoanálisis es más que nada una teoría del inconsciente. Muchas de las cuestiones que discutiremos son cosas que todos nosotros hemos olvidado o sobre las cuales nunca tuvimos conciencia; cosas que se descubren sólo en el transcurso del análisis psicológico y que aún entonces están sujetas a interpretación. Opinamos que la mejor manera de comprobar la validez del material expuesto sería aplicar la cosificación a la primera parte de este y la pornografía a la segunda. Una vez que el deseo inconsciente se manifiesta en imágenes o en actividades conscientes podemos empezar a evaluar la utilidad de los conceptos empleados para entender el inconsciente.

Actividad/Pasividad y polisexualidad

Cuerpo y cultura

En la actualidad es muy popular reconocer que la sexualidad humana no es simplemente innata y natural, sino más bien una construcción social.⁴ El deseo y la conducta sexuales varían grandemente de sociedad a sociedad, de época a época y de persona a persona. Por otra parte, la sexualidad tiene que ver con el cuerpo, con el placer corporal y con reacciones fisiológicas. La sexualidad masculina puede ser experimentada en la

4. Este es uno de los temas de muchos de los artículos en las colecciones mencionadas más arriba, al igual que en Michel Foucault, *The History of Sexuality* (New York: Pantheon, 1978), vol. 1, *An Introduction*.

esfera de la fantasía y su esencia puede ser inconsciente y profundamente reprimida, pero no surge de la nada. A fin de cuentas, son reales el cuerpo, un estremecimiento de la boca, una erección del pene, el rubor en la piel, la visión de un objeto de deseo, el placer del gusto y el sonido o una presión en la próstata que puede quitar el aliento. La cultura no escribe en una página en blanco.

A fin de satisfacer nuestras necesidades mundanas nuestros deseos deben ser controlados y organizados y estar relacionados con la realidad externa. Las capacidades innatas del ego, es decir, la habilidad de percibir, recordar y actuar con propósito, son el medio a través del cual las energías del niño se dirigen hacia el mundo. Y es este mundo que moldea los atributos biológicos del niño. Este proceso de moldeado es el desarrollo del ego del niño, de su personalidad.

Este desarrollo es un proceso de organización, restricción y represión de la energía altamente maleable del deseo humano. Mientras los instintos animales se adaptan estrechamente a la realidad, en los humanos el ego desempeña la función de un "órgano" de adaptación a la misma.⁵ Los deseos humanos no pueden ser satisfechos sin la intervención del ego. Según Marjorie Grene, "estamos biológicamente formados para ser animales culturales."⁶ Nuestros deseos no toman forma final hasta no haber sido moldeados por la cultura, convirtiéndose los impulsos biológicos en deseos y placer.

Este proceso de transformación es lo que Freud describe como represión. El grado y la calidad de la

5. Heinz Hartmann, "Comments on the Psychoanalytic Theory of the Ego", en *Essays on Ego Psychology* (New York: International Universities Press, 1964), 120.

6. Marjorie Grene, *Approaches to a Philosophical Biology* (New York: Basis Books, 1968), 44. Para el análisis de Freud de los instintos véase su "Instincts and their Vicissitudes", en *Standard Edition of the Complete Psychological Works of Sigmund Freud* (London: Hogarth Press), 14: 121—2.

represión no es un hecho biológico o una constante social sino que varía a medida que cambian y evolucionan las sociedades. Más específicamente, según Freud, el desarrollo de la civilización ha precisado de una renunciación cada vez mayor al placer.⁷ Marcuse añade a la formulación de Freud la distinción entre la represión básica y la excedente. La represión básica es la renunciación o sublimación del placer necesaria a los humanos para sobrevivir y desarrollarse como tales. Existe, además, la represión excedente, las formas de represión que aumentan a medida que se desarrolla la civilización.⁸ Esta renunciación, cada vez mayor, al deseo, se experimenta nuevamente en el desarrollo de cada ser humano. Al madurar incorporamos en nuestros egos en desarrollo las estructuras y exigencias de nuestra sociedad.

Dos asuntos cruciales nos conciernen aquí. Uno es la división entre actividad y pasividad y la superposición de la "masculinidad" y la "feminidad" a esta polaridad. El otro es la reducción de la amplia expresión de deseo sexual al placer genital, lo que Freud define como la represión de la bisexualidad poliforma.

Actividad, Pasividad y Bisexualidad

Según Freud, la actividad y la pasividad coexisten en el bebé. En el regazo de la madre el recién nacido es el recipiente pasivo de las acciones y los cuidados de ésta. Más el bebé rápidamente desarrolla el deseo y la habilidad de ser un iniciador activo, aunque esta habilidad para emprender actividades todavía depende de los adultos que lo cuidan. El continuo desarrollo del

7. Véase Sigmund Freud, *Civilization and Its Discontents* (1930) trad. James Strachey (New York: W.W. Norton, 1961).

8. Véase Herbert Marcuse, *Eros and Civilization* (New York: Vintage Books, 1962).

ego, es decir, la capacidad creciente para dominar el mundo, es el desarrollo de la propia actividad.

A medida que se desarrolla el ego, las formas de gratificación activa y pasiva se extienden a las orientaciones generales del ego, lo que podría llamarse los tipos de personalidades. Por lo general, la actividad se asocia con una orientación agresiva, extrovertida, ambiciosa o práctica; la pasividad con una orientación más pacífica, receptiva, existencial. La teoría psicoanalítica hace hincapié en el hecho de que en los primeros años de vida las niñas y los niños son tanto activos como pasivos.⁹

También de acuerdo a Freud, en el "lenguaje" del inconsciente, la actividad y la pasividad se relacionan con zonas específicas del cuerpo. La boca, el ano y la vagina, aun pudiendo ser vehículos de actividad, tienen un carácter mayormente pasivo, ya que son orificios receptores que pueden ser estimulados placenteramente por otro órgano (como pezón, dedo, lengua, pene, heces)

A pesar de que Freud le atribuye a ciertos órganos una naturaleza esencialmente activa o pasiva, distingue entre sus características fisiológicas y las características psicológicas que posteriormente se asocian con ellas. Por ejemplo, tomando el seno un bebé parece estar en un estado de éxtasis pasivo, pero este estado resulta de succionar activamente. No es posible describir los deseos del bebé como activos o pasivos. La boca puede ser un órgano receptivo, pero esto no necesariamente implica pasividad exclusiva.

Es posible que los niños pequeños no entiendan conscientemente el mundo, sin embargo, como sabe toda

9. Para una discusión detallada de los problemas en el uso psicoanalítico de los términos activo y pasivo véase David Rapaport, "Some Metapsychological Considerations Concerning Activity and Passivity" (1953), en *The Collected Papers of David Rapaport* (New York: Basic Books, 1967), 530—68.

persona que se ocupe de ellos, son, inconscientemente, excelentes jueces de las relaciones sociales y psicológicas. De modo que desde temprana edad proyectamos a nuestros cuerpos todo un conjunto de experiencias y significados sociales. En otras palabras, aunque la vagina es físicamente un órgano de recepción y el pene uno de inserción, es sólo por determinación cultural que devienen pasivo y activo. ¿Qué combinación de acontecimientos biológicos y sociales produce estas ecuaciones?

Los niños y las niñas de uno a tres años no parecen experimentar deseo y satisfacción sexual de manera notablemente diferente. Ambos pueden experimentar tanto la actividad como la pasividad y pueden tener un interés erótico en seres humanos de ambos sexos. Los niños pequeños son esencialmente bisexuales; manifiestan curiosidad por el cuerpo humano pero no parecen darle ninguna importancia a las diferencias de sexo.¹⁰

Durante el proceso de maduración esta perspectiva cambia. Este cambio se manifiesta de manera particular en un creciente interés en los genitales que ya a los cuatro o cinco años están imbuidos de significado social. En una sociedad de dominación masculina, el niño inconscientemente percibe el pene como símbolo de actividad. El pene se convierte en un símbolo fálico. El resultado es un intenso temor de "castración" inconsciente debido a que nuestra sociedad patriarcal y heterosexista impone la posesión del pene como norma

10. En esta parte se hace referencia a procesos, asociaciones y conocimiento inconscientes (tal como la ansiedad de "castración"). Se trata de procesos mentales de los cuales no se tiene conciencia. El dominio del inconsciente sobre la vida de la persona es mucho mayor en los niños que en los adultos. El lenguaje de este artículo no se refiere a las experiencias conscientes de los niños. Más bien, estos tienen imágenes vagas involuntarias, poderosas y emocionales de cosas que les suceden a sus cuerpos.

para ser poderoso, activo y amante de mujeres.¹¹ Se establece una antítesis entre fálico y "castrado".

El temor a la castración no se experimenta de manera literal o consciente, es más bien una imagen corporal asociada a la pérdida de actividad y poder. Más aún, en sociedades de dominación masculina donde la homosexualidad es reprimida, la mayoría de los niños no puede evitar esta ansiedad de castración sin renunciar a la pasividad y a la homosexualidad. La homosexualidad se equipara con la pasividad, y por ende con la castración, debido a que en una sociedad patriarcal los hombres son, por definición, dominantes; de esta manera, el amor hacia otros hombres viene a equipararse con la pasividad. La pasividad conduce a la ansiedad acerca de la propia masculinidad, de modo que en la sociedad patriarcal la renuncia inconsciente de su bisexualidad se convierte en una necesidad emocional para el niño.

Las normas aquí definidas, por supuesto, no existen en la realidad. Este proceso de represión nunca es completo y siempre conlleva conflictos y tensiones internos. Los sentimientos que se reprimen perduran; unas veces en forma de homosexualidad o bisexualidad activa en el adulto, otras en forma de fantasías y sueños y aún otras en forma de homofobia. Lo que sí parece ser una norma para los hombres es la imposibilidad de abrigar simultáneamente deseos activos y pasivos sin que esto genere conflicto y temor.

11. Para un análisis detallado de los temas expuestos en esta parte véase Gad Horowitz, *Repression: Basic and Surplus Repression in Psychoanalytic Theory* (Toronto: University of Toronto Press, 1977), 81—125. Para los conceptos de Freud sobre la sexualidad infantil véase, por ejemplo, su "Three Essays on the Theory of Sexuality" (1905), en *Standard Edition of the Complete Psychological Works of Sigmund Freud* (London: Hogarth Press), vol. 7.

Por consiguiente, al dualismo actividad/pasividad se superpone la polaridad fálico/castrado. Es esta superposición lo que da lugar a la "masculinidad" y la "femineidad" que, según Freud, hasta entonces "carecían de significado psicológico."¹² Es esta la lógica inconsciente del patriarcado de acuerdo a como la percibe Freud.

Aunque sus figuras paternas no se ajusten a la norma patriarcal, el niño experimenta esta superposición debido al peso de instituciones, la estructura patriarcal de la familia y una cultura entera que enseña que ser hombre equivale a ser activo.

A menudo los niños expresan sus temores a través de juegos. Un juego muy popular entre niños (y aún entre adolescentes) es ocultar sus genitales entre las piernas y exhibirse frente a los demás o frente a un espejo pretendiendo ser una mujer. En un grupo, los niños reaccionan con regocijo; un niño, solo, experimenta diversión, fascinación y terror.

La Bisexualidad según Freud versus la Polisexualidad

En Represión, Horowitz acepta sin reservas la presuposición de Freud de que todos los seres humanos experimentan la sexualidad, ante todo, en términos de polaridad o antítesis de actividad y pasividad. Por consiguiente, parecía evidente que la supresión de la represión excedente de la bisexualidad resultaría en una especie de androginia; hombres y mujeres capaces, al igual que el bebé, tanto de actividad y pasividad como de elección homosexual y heterosexual de los objetos de deseo. Ahora somos de opinión que la prominencia de la

12. Sigmund Freud, "Instincts and their Vicissitudes" (1915) en Freud, *op. cit.*, 14: 134.

cuestión actividad/pasividad en el bebé es en sí producto de la represión excedente.

Investigaciones antropológicas realizadas años atrás en las Islas de Trobriand, al este de Nueva Guinea, mostraron un pueblo sin concepto de causa y efecto lineal —es decir, sujeto activo y objeto pasivo— en relaciones y cronología. Los habitantes de Trobriand no describen eventos como una serie lineal de causa y efecto, ni los caminos como senderos que conducen a algún sitio o que van de un punto a otro sino como caminos que se encuentran simplemente ahí. Contrario a nosotros, los habitantes de Trobriand no relacionan automáticamente eventos y formas con líneas para indicar correspondencia y continuidad. Por ejemplo, mientras que a nosotros una de sus aldeas nos parecería un círculo de chozas, ellos la describirían como un conglomerado de protuberancias. Para los habitantes de Trobriand los hechos naturales y humanos están establecidos por la tradición; mas estas tradiciones no se perciben como determinantes de la conducta sino como la fórmula que indica de qué se trata el hecho. Para ellos, por ejemplo, el trabajo no tiene retribución fuera o más allá de sí mismo. Escribe Dorothy Lee: "nuestras actividades son planeadas con un objetivo futuro en mente. Ninguna actividad de los habitantes de Trobriand está concebida de manera que culmine en algo más que la propia actividad. No hay tarea, labor o faena que tenga otra retribución que la actividad misma. Todo trabajo encierra su propia satisfacción." No existe el individuo que obra sobre objetos como actor independiente en tiempo lineal; individuo que pueda ser comparado ofensivamente con otros en cuanto a capacidad de rendimiento. Una actividad puede fracasar, pero no una persona. El

"resultado" de toda actividad estaba predeterminado en el diseño general de la existencia y la tradición.¹³

La lengua de los habitantes de Trobriand, al igual que muchas otras lenguas tribales, corresponde a una descripción y a una percepción de la realidad diferentes a la nuestra. Las lenguas y las sociedades modernas están muy imbuidas de nociones de causa y efecto y de dualismos tales como sujeto/objeto y actividad/pasividad. Esto se puede observar en la estructura básica de la oración de las lenguas indoeuropeas, la cual consta de un sujeto, un verbo y un objeto. Siempre que algo sucede, alguien o algo le está haciendo algo generalmente a alguien o algo.

La división entre actividad y pasividad, tan fundamental a nuestra apreciación de la masculinidad y la femineidad es una creación de la cultura y de la sociedad a partir de la unidad que constituye el ser humano. Nuestras lenguas y nuestras realidades históricamente evolucionadas realzan y acentúan una división entre sujeto y objeto y entre activo y pasivo.

Freud postula una "perversidad polimorfa" original del bebé; es decir, una capacidad multiforme y difusa de estimulación y satisfacción sexual de todo el cuerpo y sus sentidos. De manera similar, los habitantes de Trobriand conceptúan la sexualidad como "un agregado de experiencias placenteras"¹⁴ y no como una serie de eventos que van de la anticipación del placer a la estimulación genital y al clímax, ni como una persona

13. Dorothy Lee, *Freedom and Culture* (New York: Prentice —Hall, 1959), esp. 89—120. Estos estudios de Lee están basados en las transcripciones de Bronislaw Malinowski. Aunque la actual investigación antropológica feminista cuestiona la validez de varias de las conclusiones y técnicas de Malinowski, estas críticas no parecen afectar su trabajo sobre el lenguaje hablado, particularmente en lo que se refiere a los asuntos discutidos en este artículo.

14. *Ibid.*, 119.

activa haciéndole algo a una pasiva, ni tampoco como dos personas haciéndose cosas la una a la otra de manera alternada o simultánea.

Al crecer, nuestra sexualidad sufre un proceso de maduración biológica y se concentra eventualmente en los genitales. Pero son la cultura y factores culturales los que exigen que atravesemos un proceso de represión excedente de objeto y deseos sexuales.

Aunque Freud habla de una perversidad polimorfa original, prácticamente desecha la noción a favor de una bisexualidad natural estructurada alrededor del dualismo actividad/pasividad. Creemos que es más conveniente concebir el potencial sexual humano como una *polisexualidad*; una capacidad fluida de excitación y descarga sexual a través de cualquier parte del cuerpo, incluido el cerebro con su capacidad de fantasear, y a través del tacto, el gusto, el oído, la vista y el olfato. Como capacidad, antes que elemento establecido, la sexualidad es originalmente amorfa y caótica. El proceso de maduración biológica en cierto modo reduce esta polisexualidad original a una sexualidad genital. Esta concentración en el placer genital parece formar parte del proceso natural biológico que tiene mucho que ver con la reproducción de la especie. Es parte de lo que Marcuse llama el proceso de represión básica.

Sin embargo, la maduración es también un proceso de interiorización de normas culturales. Lo que no es natural es la represión excedente de formas extragenitales de excitación y expresión sexual y de una amplia gama de placeres físicos que ni siquiera consideramos como sexuales. La noción de una construcción social de la sexualidad adquiere relevancia en la esfera de la represión excedente debido a que la represión y la supresión de una amplia gama de placeres sexuales no son necesarias ni para el proceso

de maduración biológica ni para la existencia de la cultura humana en sí.

Durante el proceso de maduración y de creación de género, en las sociedades de represión excedente se reprime no simplemente la bisexualidad sino nuestra polisexualidad constitutiva. El niño en desarrollo interioriza las divisiones de la sociedad: masculino versus femenino, activo versus pasivo, sujeto versus objeto, normal versus anormal, clase versus clase, raza versus raza, humano versus naturaleza y así sucesivamente. Varias cosas suceden simultáneamente con nuestra sexualidad:

1. La polisexualidad se reduce a la bisexualidad que a su vez se reduce a la heterosexualidad u homosexualidad (con una norma heterosexual).

2. La polisexualidad se reduce a la sexualidad genital acompañada de una represión excedente de otras formas potenciales de deseo y expresión sexual.

3. Mediante el proceso arriba descrito, la masculinidad y la femineidad (agresión excedente y pasividad excedente) se sobreponen a la división natural de los sexos.

Estas son todas normas. Cuando todo sale "bien" la estructuración de nuestra sexualidad es una selección de ciertos rasgos y deseos a través de los cuales podemos satisfacer nuestros deseos y necesidades. Nuestro ego tiene que funcionar en sincronización con el medio ambiente social y natural para que se satisfagan nuestras necesidades. El proceso de desarrollo del ego se realiza según las normas, las categorías y los requerimientos de una sociedad dada. No obstante, ninguno de nosotros representa la norma porque cada uno tiene una experiencia de desarrollo y una constitución únicas. Algunos diferimos mucho de la norma, otros sólo un poco. De los tres procesos mencionados arriba se

originan un sinnúmero de combinaciones y permutaciones. Al fin y al cabo, puede existir una norma ideológica pero no una normalidad o anormalidad "real"; existe más bien una gama de seres sexuales que intenta funcionar y realizarse en una sociedad de represión excedente.

Podemos revertir todo este proceso y empezar a concebir una sexualidad liberada; es decir, una sexualidad en una sociedad que no sea de represión excedente. El ser humano sexualmente libre no experimentará la sexualidad de manera activa o pasiva, o de ambas maneras a la vez, sino como "un agregado de experiencias placenteras". Es probable que diferencias genéticas y experimentales entre los seres humanos den lugar al desarrollo de idiosincrasias, hábitos y preferencias, quizás aún a exclusiones de un tipo u otro, o incluso aún a opciones de celibato. Pero estas serán expresiones individuales de un eros polivalente más que reacciones compulsivas al temor y la ansiedad. Habrá muchos tipos diferentes de expresión sexual, muchas comunidades y subculturas diferentes con costumbres sexuales diferentes y libertad para que las personas cambien de estilo de vida en el transcurso de sus vidas.

En la opinión de Freud el "progreso de la civilización" precisa de represión excedente. La escuela de Francfort (Adorno, Horkheimer, Marcuse) al sintetizar las obras de Hegel, Marx, Freud y Weber, explica el "progreso de la civilización" como la dominación de la naturaleza. A fin de conquistar la naturaleza, los humanos tienen que dominar su propia naturaleza; es decir, reprimirse a sí mismos, transformarse en instrumentos de guerra y trabajo y dividir la actividad y la pasividad. La pasividad se equipara con la naturaleza y se le asigna a la mujer. La dominación de la naturaleza externa, la naturaleza interna (o sea, la sexualidad), las mujeres y la pasividad

en los hombres son todos aspectos de un proceso integral de represión excedente.

La naturaleza está ahora más que conquistada; está devastada. Ha llegado la hora de lo que Marcuse llama la "reconciliación con la naturaleza". Esto implica el fin de la represión excedente y el reclamo de la polisexualidad de hombres y mujeres. Implica, también, relaciones de organización económica, política y social completamente nuevas. Algo que ni las mujeres ni los hombres pueden lograr aislados. Sólo la lucha conjunta de hombres y mujeres logrará desarrollar nuevas formas de asociación humana que abarquen a ambos sexos y a todas las orientaciones sexuales. En su forma patriarcal actual, la sexualidad masculina tiende a ser el resultado de contención y reformación moral (antisexual). Formas nuevas de asociación sexual humana han de implicar no la contención o reformación de la sexualidad masculina, sino su liberación.

Areas de Conflicto Sexual

El desarrollo de la masculinidad es el desarrollo de un tipo de carácter de actividad excedente que conlleva la represión de la pasividad. Mas la tensión entre actividad y pasividad es una constante en nuestras vidas, aun cuando esta tensión sea encubierta y su forma muy variada. Un ejemplo sencillo demuestra cuán profundamente arraigada se encuentra dicha tensión. Tomemos al hombre que se preocupa por la necesidad de actuar automáticamente de manera directa y activa en relación con las mujeres. Nada de lo que hace parece reducir la tensión que provoca esta necesidad. Si atraviesa una puerta o camina por un sendero estrecho delante de una mujer siente que la está guiando; si va detrás, está consciente de actuar "como un caballero", siente que la está dejando ir delante. El dualismo activo/pasivo

constituye la estructura de nuestra realidad psíquica y define las categorías a través de las cuales percibimos el mundo y nuestras actividades dentro de él. Si es tanta la tensión que encierra el simple atravesar una puerta, ¿qué será de la tensión en juego en la atracción y las relaciones sexuales?

Podemos extender el análisis sobre la represión de la polisexualidad y el dualismo activo/pasivo en la primera parte de este artículo para abordar ciertas áreas de contradicción y conflicto sexual para los hombres en nuestra sociedad. A continuación comentaremos sobre dos áreas de conflicto: la cosificación sexual de las mujeres y la pornografía heterosexual.

La cosificación sexual

El deseo sexual tiene siempre un objeto. Este objeto puede ser uno mismo, otro, una parte de otro o una cosa. Pero a medida que nos desarrollamos y nuestros egos adquieren la capacidad de satisfacer nuestras necesidades en el mundo que nos rodea, el deseo se orienta hacia objetos específicos cuya visión, contacto, sabor, sonido u olor resulta placentera.

Cuando otra persona es el objeto sexual sucede, hasta cierto punto, que se abstraen de ella atributos particulares. Para el recién nacido el pecho y la voz de la madre representan el todo. Posteriormente, sea hetero u homosexual el objeto de nuestra elección, la presencia o ausencia de ciertas características físicas determina nuestra atracción sexual hacia otra persona. La presencia de la vagina o el pene es el límite que nadie, a excepción de los bisexuales, osa sobrepasar. En otras palabras, una parte pasa a representar el todo. Esta tendencia también se manifiesta en las sociedades patriarcales, las cuales invierten una extraordinaria cantidad de energía psicológica y cultural en el pedacito

de carne sensible que cuelga entre las piernas de los hombres.

No sólo los genitales o los senos sino cualquier parte del cuerpo puede llegar a representar el todo. Ciertas características sexuales secundarias establecen límites adicionales a la atracción sexual. El contacto de una piel relativamente lampiña excita a un hombre, mientras que la sensación de una áspera barba excita a otro. Y, dado que no andamos sin ropa, aun cuando sería más cómodo prescindir de ella, por lo general son estas características secundarias las que en la interacción cotidiana vienen a representar el todo. La función de la moda, el maquillaje, el lenguaje corporal y los matices vocales es acentuar selectivamente o mitigar algunas de estas características secundarias.

El amor hacia un objeto es la forma básica de expresión de nuestra sexualidad; es inherente al funcionamiento del ego humano. Nuestra capacidad de experimentar una parte del cuerpo como representativa del todo se debe a la naturaleza intrínseca del inconsciente; mas, la forma que toma este amor hacia un objeto varía según las culturas y las experiencias personales particulares.

La represión de la polisexualidad es una de las razones por las cuales partes del cuerpo llegan a representar el todo. Con la maduración física, diferentes partes del cuerpo se convierten sucesivamente en zonas de excitación física y psicológica particularmente intensa. Como resultado de la represión básica, el placer de una parte (del propio cuerpo o del de otro) encierra el placer del todo. Esto, siempre y cuando no desaparezca la persona en el proceso, no es perjudicial en sí; no debe menospreciarse la emoción y la excitación incomparables asociadas a partes específicas de nuestros cuerpos o de las de otros. Sea uno hombre o

mujer, el tocar el pezón, el pene o el clítoris del amante con la lengua y el percibir por un breve momento, mediante el contacto con aquella protuberancia, la magnitud de nuestro deseo y del de nuestro amante, es, ciertamente, una gran conquista de la sexualidad humana. Esto es parte de la grandeza de la sexualidad humana contrario a los simples instintos reproductivos de los demás animales.

Sobrepuesto a esto existe la represión excedente de formas extragenitales de deseo sexual. La represión excedente aumenta a medida que la civilización "progresa" y se recapitula en el desarrollo del individuo. La primacía de la sexualidad genital devalúa otras formas de deseo sexual hasta el punto en que sólo existen como elementos de "estimulación preliminar", se convierten en tabú o no son consideradas como sexuales. El resultado es la fragmentación de la persona en partes y procesos componentes, algunos de los cuales llegan a encerrar toda la energía y todo el deseo sexual de la persona.

Las consecuencias de todo eso pueden ser perniciosas como puede observarse en la forma que ha tomado la atracción masculina heterosexual hacia las mujeres. Aún al margen de esta fragmentación, en una sociedad dominada por los hombres, las mujeres se definen socialmente en términos de su capacidad reproductiva y sexual: las mujeres no son ni el cerebro ni los músculos de la sociedad; son sus reproductoras, sus criadoras, su celebrada carne. Junto a la tendencia del inconsciente de representar al todo con una parte, ciertos atributos físicos no sólo son objeto de deseo sexual individual sino que se les atribuye la definición social de las mujeres.

La mejor forma de analizar la naturaleza de este proceso y sus efectos sobre la sexualidad masculina es mediante el concepto analítico de "fijación" y el concepto

psicoanalítico y marxista de fetichismo. La fijación —una intensa preocupación por y concentración en ciertas actividades o partes del cuerpo— resulta de un proceso de desarrollo en el cual el interés y la atención han pasado de una a otra cosa y en el cual placeres anteriores se reprimen de manera incompleta. Algunas fijaciones tienen que ver con experiencias particularmente placenteras o aterradoras de la niñez. Sin embargo, más a menudo se fijan experiencias u objetos que proporcionan, simultáneamente, alguna forma de satisfacción sexual y seguridad frente a la ansiedad y el miedo.¹⁵

El fetichismo es un ejemplo de fijación. En la teoría psicoanalítica, el fetichismo consiste en dar significación sexual a objetos inanimados o a partes del cuerpo que normalmente no se consideran zonas erógenas. Cuando esto alcanza proporciones neuróticas, la persona no experimenta excitación sexual a no ser concentrado en o en presencia de ese objeto. Este tipo de fetichismo es un fenómeno que se observa casi exclusivamente en los hombres. La investigación psicoanalítica sugiere que el fetiche usualmente tiene la misma significación inconsciente que el pene. El símbolo que generalmente se desarrolla a partir de experiencias de la niñez, es una respuesta a ansiedades de castración, en particular la percepción de que las mujeres carecen de pene. Una parte del cuerpo o vestimenta de la mujer (clásicamente, los pies, el pelo, los zapatos o una pieza de vestir) asume la significación del pene "ausente". El "descubrimiento" inconsciente de la falta de pene (es decir, del objeto tan altamente valorado en la sociedad patriarcal) reduce la ansiedad de "castración", o sea, el temor a perder actividad y poder.

15. Véase Otto Fenichel, *The Psychoanalytic Theory of Neurosis* (New York. W. W. Norton, 1945), 65—6, 327.

A pesar de que Freud trata el fetichismo y la fijación como síntomas neuróticos, los conceptos pueden ser utilizados (particularmente en conjunción a la discusión anterior) para analizar la sexualidad masculina "normal". Aunque esta discusión, con sólo unas pocas modificaciones, podría aplicarse a la sexualidad masculina homosexual, nos limitaremos aquí a la atracción heterosexual.

La fascinación de los hombres heterosexuales con el cuerpo de la mujer significa varias cosas. Los hombres anhelamos volver a experimentar nuestro primer objeto de amor y contacto físico. De hecho, nuestro modelo original de amor hacia un objeto fue con una madre de la cual éramos inseparables. La fascinación es insaciable. Es como si no nos pudiéramos saciar del objeto de deseo. En el lenguaje del inconsciente, este deseo de incorporarse, de saciarse, finalmente está basado en la experiencia en el pecho materno. (El proceso es parcialmente diferente para la mujer porque ella es ese objeto de deseo original tanto en su ego desarrollado como en su ser físico).

La fascinación con el cuerpo de la mujer también se relaciona a la ansiedad de castración. La visión de una mujer confirma que uno es hombre. Si el temor fundamental en el desarrollo psicológico masculino es la castración, es lógico que como adultos tendremos una fijación con el objeto de temor, esos seres que carecen de pene. En una sociedad de dominación masculina, el objeto común (el cuerpo de la mujer) del temor común (castración) del grupo dominante (los hombres) se convierte en un fetiche generalizado. Como se señaló anteriormente, ser objeto sexual no es en sí objetable, pero aquí el objeto sexual se convierte en fetiche sexual.

Esta fijación tiene otros dos aspectos. Uno de ellos es la fascinación con lo que el hombre ha reprimido para

lograr la masculinidad. La represión excedente de la pasividad conlleva la represión de la ternura y la receptividad. Parte de la fascinación fetichista por el cuerpo de la mujer es una fascinación por lo que hemos perdido.

En una sociedad de norma heterosexual, la fascinación por el objeto de deseo sexual se convierte, para la mayoría de los hombres, en una atracción intensa, erótica y permanente hacia las mujeres. El desarrollo de la sexualidad masculina, con su prerrogativa de orientación sexual activa, hace que esta atracción sea socialmente aceptada, de hecho, socialmente celebrada, excepto en las culturas y subculturas más represivas sexualmente. La norma social es que los hombres sean actores sexuales, lo cual no es censurable en sí; el problema tiene que ver con la represión de una correspondiente actividad sexual en las mujeres, la pérdida de la pasividad del hombre y la distorsión que sufren la atracción y la actividad sexual en una sociedad patriarcal de represión excedente. Pero a pesar de todo esto, un componente de lo que comúnmente se llama la cosificación de la mujer es la celebración de la sexualidad y de la atracción sexual.

La fijación y el fetichismo con el cuerpo de la mujer es una conducta psicológica construida socialmente. Como norma social, la cosificación del cuerpo de la mujer significa un distanciamiento de la personalidad de la misma. La tendencia del patriarcado a reducir a la mujer a funciones reproductivas y sexuales se refleja a nivel psicológico en la estructura de la masculinidad. La tendencia del inconsciente de representar el todo con una parte se estanca y las partes **se convierten** en el todo. La apreciación de la mujer se estanca en la apreciación de su figura. Primero, se reduce la mujer a su función reproductiva y sexual, y luego se reduce a una u

otra función. Este es el familiar dualismo madre/puta. En medio, la categoría de virgen es tan exaltada en parte porque es el único punto en que se supera el dualismo, o mejor dicho, es el punto que simboliza ambos potenciales.

Finalmente, como fijación socialmente mediada, abstraída de las verdaderas mujeres, la fascinación es por un ser mitológico, una colección de partes, una ficción, una parte mítica que representa un todo mítico.

En resumen, lo que vagamente se llama cosificación masculina de la mujer es en realidad la combinación de una serie de factores en contradicción aparente. Los componentes hasta ahora identificados son:

- el amor de los hombres hacia la mujer cosificada y la capacidad humana de representar el todo con una parte;

- fascinación por lo que hemos reprimido (pasividad, ternura, receptividad);

- la constante (y no siempre deseada) intrusión de estimulación erótica en nuestra vida cotidiana;

- confirmación de nuestra propia masculinidad;

- la degradación de la mujer a través de la fijación y el fetichismo con su cuerpo y la **reducción** del todo a algunas de sus partes componentes.

Voyerismo y Pornografía

En una sociedad capitalista, una sociedad de producción y adquisición de bienes, los objetos de deseo se convierten en productos. Dondequiera que pueda, el capitalismo produce objetos para consumo sexual y cosifica los sujetos de la sexualidad a fin de vender otros productos.

Marx se refiere al fetichismo con productos. El

capitalismo le confiere vida ilusoria a los objetos. Los productos —los bienes de producción social— "son provistos de vida propia, (y éstos) se relacionan entre sí y con la humanidad." Las relaciones sociales entre humanos que producen bienes no parecen ser una "relación entre personas en su trabajo, sino más bien relaciones materiales entre personas y relaciones sociales entre objetos."¹⁶ El fetichismo con productos es en parte un proceso de mistificación; mas, como señala Norman Geras, es también un proceso de dominación.¹⁷ En una sociedad organizada no sólo en base a sino también para la producción de bienes, los productos del trabajo humano controlan la vida del productor. "Las relaciones sociales mismas entre hombres... aquí, adoptan para ellos todas las características de las relaciones entre objetos."¹⁸ El fetichismo con productos es una mistificación, pero también refleja la dominación real que los productos ejercen sobre los seres humanos.

Esta combinación de mistificación y dominación se advierte en la pornografía. La pornografía es una mercancía común mediante la cual se expresa la cosificación sexual. Como toda mercancía, la pornografía muestra elementos salientes de mistificación y dominación. La pornografía es una forma de representación sexual que, por su naturaleza misma y como resultado de la fijación y el fetichismo arriba descritos, representa formas distorsionadas y mistificadas de los objetos que describe. Mas también retrata con exactitud la dominación real que ejercen los hombres sobre las mujeres.

16. Karl Marx, *Capital*, trad. Ben Fowkes (New York: Vintage, 1977), 1: 165—6.

17. Norman Geras, "Marx and the Critique of Political Economy", en Robin Blackburn, ed., *Ideology in Social Science* (London: Fontana/Collins, 1972), 287.

18. Marx, *op. cit.*, 165.

Como mecanismo de una sociedad capitalista y patriarcal, la pornografía encierra una serie de conflictos y contradicciones de esa sociedad. De manera exagerada y estilizada, la función y la forma de la pornografía describen y retratan los conflictos en torno a la cosificación sexual aludida.¹⁹ Nos ocuparemos aquí de una de las muchas interrogantes relacionadas con la pornografía: el por qué la pornografía heterosexual les resulta tan atractiva a tantos hombres.

En la discusión del tema pondremos énfasis en las formas de representación visual.

La pornografía es una manifestación insolente del poder masculino, de la disponibilidad sexual de toda mujer para cualquier hombre, de la vulnerabilidad de la mujer, de la mujer reducida a partes sexuales, de la mujer envilecida y aun desmembrada. Como manifestación de fetichismo, mistificación y dominación, la pornografía refleja y refuerza las imágenes negativas de la mujer.

Este es el contenido de la gran mayoría de las imágenes pornográficas, y cuando no, el contexto inmediato (la revista, el cine pornográfico) y el contexto social, contextos de colusión masculina (en público o en privado) en la opresión de la mujer, inducen a la degradación sexual de la misma.

Esta degradación y su contexto parecen ser una razón por la cual los hombres se sienten atraídos por la

19. Varias observaciones de estos párrafos se deben a contribuciones de la colección *Women Against Censorship*, ed. por Varda Burstyn (Toronto: Douglas and McIntyre, 1985). De particular importancia para los temas tratados en este artículo fueron los ensayos de Sara Diamond, "Pornography: Image and Reality" (40—57); Myrna Kostash, "Second Thoughts" (32—9); Ann Snitow, "Retrenchment Versus Transformation: The Politics of the Antipornography Movement" (107—20), y Varda Burstyn, "Political Precedents and Moral Crusades; Women, Sex and the State" (4—31).

pornografía. Pero esto, en cierto sentido, no responde nuestra interrogante. ¿Por qué, después de todo, habría de atraer esta degradación a los hombres?

Como vimos anteriormente, la estructura de la masculinidad es inseparable de la represión de la bisexualidad y la pasividad. La masculinidad es inseparable de una femineidad proyectada, adorada, despreciada y temida que existe como su opuesto. Como plantea Kaufman en otro artículo de este libro,²⁰ la masculinidad es ficticia en el sentido de que no es una realidad biológica como pretende ser. Es la ideología de la sociedad patriarcal y de represión excedente contenida en la personalidad del individuo. Debido a su distanciamiento de la realidad biológica (es decir, la hombría), la masculinidad es un objetivo escurridizo e inalcanzable. Todo hombre, desde muy temprana edad, abriga serias dudas sobre sus credenciales masculinas. Debido a que una de las facetas de la masculinidad es la represión excedente de la pasividad, la manera más efectiva de confirmarla es en pruebas de virilidad (como guerras, peleas y otras formas más sofisticadas de competencia) y en referencia a su reflejo opuesto, la femineidad. La descripción de la femineidad, es decir, de la mujer en posición pasiva y dominada respecto a los hombres, confirma, de manera relativamente fácil, la propia masculinidad. Una razón por la cual las imágenes pornográficas son tan atractivas para los hombres es porque confirman su masculinidad, lo cual, en una sociedad basada en el género, confirma su hombría.

Todo esto no es más que otra manera de decir que la fascinación con la pornografía resulta de la fijación, no sólo con el objeto de deseo sexual sino también con el objeto de temor, y que esta fijación tiene que ver con la

20. Michael Kaufman, "La estructura de la masculinidad y la tríada de la violencia masculina", en este volumen.

ansiedad de "castración". Está de más decir que el consumidor de pornografía no es consciente de esta ansiedad.

Aunque toda pornografía (en sí o en su contexto) tiene esta forma y esta función, también contiene elementos de contradicción con la represión sexual; contradicción tanto en cuanto a las normas sociales como a la represión de la pasividad y la polisexualidad.

En términos de represión sexual en el sentido social inmediato, la pornografía contiene elementos de celebración de la sexualidad. Ann Snitow y otros han señalado que la pornografía, además de sus características opresivas, contiene elementos de juego, de "peligro emocionante (a diferencia de amenazante)", de desafío, de libertad infantil. Para muchos, en particular los jóvenes, la pornografía es una de las pocas fuentes de información sexual.²¹ Decir que **Penthouse** está empezando a parecerse a un texto de ginecología se ha convertido en un chiste rancio, pero ¿dónde más puede la mayoría de los muchachos y jóvenes adultos ver cómo es la vulva? Por supuesto se trata de información sexual distorsionada (particularmente la información sobre la sexualidad a diferencia de la anatomía, aunque aún esta diferencia está parcialmente distorsionada), pero nos referimos aquí precisamente a los aspectos contradictorios de la pornografía.

Otra razón por la cual la pornografía es sugestiva es la atracción hacia lo que es socialmente tabú. Por supuesto, el material tabú se expresa en el lenguaje de lo que no es tabú: la dominación masculina y la subordinación femenina. Pero, de nuevo, aquí tratamos con imágenes contradictorias.

La pornografía, entendida en términos de la represión

21. Snitow, *op. cit.*, 114—6.

excedente de la pasividad y la bisexualidad, tiene ciertas características atractivas para los hombres. Señalamos anteriormente que uno de los aspectos de la cosificación masculina de la mujer es la fascinación por lo que hemos perdido en proceso del desarrollo masculino; es decir, la pasividad y la receptividad y todas las características asociadas a ellas, como la ternura, la sensación de ser amado y adorado y así sucesivamente. La pornografía representa el anhelo de y la fascinación por estas cualidades perdidas. Esto se aplica tanto a las imágenes pornográficas representadas como a la observación de las mismas.

El placer sexual de mirar es una de las actividades sexuales pasiva—receptivas más elementales. Freud, observador de adultos más que de niños, interpretó la sexualidad infantil a partir de los recuerdos reprimidos de adultos y niños. Pero si observamos un bebé notaremos que pasa largo rato mirando el mundo a su alrededor absorto en el placer de la sensación visual. Justamente en las actividades bucales, mirar es una de las formas primordiales en las que el bebé aprehende el mundo.

Mirar pornografía es, al igual que el voyerismo, una regresión a un aspecto de nuestra disposición polisexual que ha sufrido represión excedente. Según Fenichel, "el niño atraviesa una fase prolongada de dependencia [la cual] se substituye gradualmente por actividad; su recuerdo, sin embargo, siempre da lugar a la reaparición de un anhelo regresivo de sustituir la anterior receptividad por actividad."²²

En las sociedades de dominación masculina, es el hombre quien sufre una represión excedente de los deseos pasivos. Esta represión no elimina los deseos pasivos (estos son intrínsecos al organismo) sino que los obliga a manifestarse de manera encubierta,

22. Fenichel. *op. cit.*, 468.

distorsionada y derivativa. La pornografía no sólo ofrece un objeto de admiración pasivo y receptivo, sino también una forma de placer sexual en la cual los hombres pueden ser pasivos y receptivos (a la imagen, al objeto de deseo). En el verdadero contacto con una mujer real —subjetiva, directiva y activa— la pasividad provocaría toda clase de ansiedades. El hecho de que el objeto a menudo se muestra como pasivo e inofensivo es precisamente lo que permite el placer pasivo de mirar pornografía. En cuanto a la represión de la bisexualidad, el foco de atención pasiva es inofensivo porque carece de pene. En cuanto al poder social, el observador también conserva su predominio.

La imagen pornográfica, por supuesto, varía grandemente. Por una parte, la pornografía muestra a la mujer activa, sexualmente agresiva, vampiresca. Por otra, muestra al hombre subyugado bajo el tacón puntiagudo de la mujer. Ambas imágenes proporcionan una representación inofensiva de la actividad femenina en el contexto de la pasividad masculina, sea el hombre observador u objeto en una imagen. Mas, como señala Mariana Valverde, en este caso la representación de actividad femenina y pasividad masculina es sólo una apariencia superficial. "De hecho, lo que sucede es que los hombres en la pornografía crean una versión del deseo femenino activo (como una forma de deseo perversa, vampiresca) y luego proceden a apropiarse esa representación del deseo femenino. Esto se observa claramente en la llamada pornografía lesbiana, la cual es ininteligible a no ser que entendamos que el deseo masculino está empeñado en apropiarse no sólo del cuerpo de la mujer sino también de su deseo activo."²³

Algunos hombres están tan inseguros de su masculi-

23. Comunicación personal con Mariana Valverde. Quisiéramos también agradecerle sus comentarios sobre un borrador de este artículo.

nidad, sostienen un forcejeo inconsciente tan intenso con la pasividad y la homosexualidad reprimidas o con ambas y poseen una agresividad excedente tan grande que aún la pasividad frente a una película pornográfica les puede resultar amenazante. En este caso, la pornografía resulta placentera sólo si representa la dominación activa y explícita de la mujer a través de imágenes de subyugación, tortura y aun de asesinato. En el lenguaje del inconsciente, el desmembramiento de la mujer (el objeto desmembrado; es decir, "castrado") es lo único que puede colmar la ansiedad y aumentar la autoestima.

La actual proliferación de la pornografía obedece a diversos factores económicos y sociales. Pero, ¿cuál es la base psicológica de esta tendencia? Los deseos que se expresan al mirar pornografía son insaciables, no sólo porque el deseo sexual en sí es insaciable sino porque la pornografía en sí no permite una expresión integrada de deseos sexuales pasivos y activos. La pornografía prolifera porque cuenta con un mercado insaciable. Mientras más pornografía se consume más se estimulan los impulsos pasivos y receptivos, más se intensifica el consumo y más insaciable se vuelven los deseos. Mirar pornografía es una actividad que a la larga resulta insatisfactoria; que lleva a una mayor frustración y a una mayor tensión entre actividad y pasividad. Todo esto aumenta la tendencia de la pornografía a representar sadismo.

La pornografía se vuelve sadista porque mirar proporciona un dominio insuficiente del objeto de deseo. Parte del placer de mirar es una regresión a la omnipotencia de la niñez. La aprehensión visual del objeto no sólo es pasiva; es el dominio del objeto porque mirando se adquiere conocimiento, y para el inconsciente el conocimiento es poder. Como se señaló

anteriormente, el consumidor de pornografía busca algo más que un objeto de deseo placentero, busca confirmar su masculinidad y confirmar que su temor, es decir la castración, no puede ser verdad. Estos son deseos muy contradictorios que a su vez estimulan el deseo insaciable. Mientras el objeto de observación permanezca parcialmente desconocido los infantiles temores de castración masculinos no se confirman; mientras más ropa se elimine y más visible aparezca el objeto, más hay que ver para descubrir que lo que se teme (la castración) no existe realmente. Llega un momento en que las piernas de la mujer se han abierto en ángulos ridículos y han enseñado "todo", en que no hay nada más que enseñar. Sólo resta, por lo tanto, aumentar la propia agresividad excedente (como defensa a la muy temida ecuación de pasividad con castración) y destrozar a la mujer, figurativamente en representaciones de dominación explícita o literalmente en películas *snuff* *.

La proliferación de la pornografía es también lo que Marcuse llama una "desublimación represiva". En los últimos quince años ha habido, particularmente en los países capitalistas desarrollados, una cierta liberación de energías instintivas ocasionada por la difusión de métodos efectivos de control de la natalidad, por el surgimiento del feminismo, por el desarrollo del orgullo homosexual y lesbiano, por el rechazo a la monogamia de por vida y a la virginidad premarital y por el repudio de las formas sociales más flagrantes de represión sexual. Pero en nuestras sociedades que, no obstante, siguen siendo autoritarias y de represión excedente, estas energías desatadas se canalizan de manera distorsiona-

* Las películas *snuff* son películas pornográficas que se filman de actos *verídicos* de violencia contra la mujer que van desde el maltrato físico y la violación hasta el asesinato y el descuartizamiento. (N. de la T.)

da e insatisfactoria a fin de perpetuar el régimen de represión excedente en su totalidad.

Dado que la función de la pornografía es satisfacer una serie de necesidades y demandas contradictorias que surgen de una sociedad de represión sexual excedente y comercialización, la simple censura de la pornografía no logrará reducir la miríada de formas de degradación de la mujer. El consumo de pornografía no origina el problema de la degradación de la mujer ni de la represión excedente de una amplia gama de deseos, actividades y anhelos sexuales; sólo lo representa y, en cierto sentido, contribuye a perpetuarlo. El problema radica en una sociedad patriarcal, capitalista y de excedente represivo que reprime la polisexualidad y sobrepone la masculinidad y la femineidad al dualismo actividad/pasividad. Esta es la fuente primordial de la degradación sexual de la mujer y de la represión excedente de toda la humanidad.

Este grave problema puede combatirse de diversas maneras. Una de ellas es la lucha contra la representación y el espectáculo sexistas, los cuales codifican, simbolizan, hacen tangible y contribuyen a propagar el problema. Las estrategias para demostrar oposición e indignación son muy diferentes a la censura estatal. Esta oposición debe combinarse con una educación sexual antisexista y a favor del sexo (por supuesto, sin imponer socialmente la actividad sexual como norma). La oposición activa y la educación, a su vez, deben combinarse con el apoyo a alternativas en el terreno visual y personal.²⁴

La pornografía representa el problema; pero, de manera muy distorsionada, también representa la

24. Véase Varda Burstyn, "Beyond Despair: Positive Strategies", en Burstyn *op. cit.*, 152—80, para una discusión de algunos aspectos de la lucha contra formas de representación sexista y la explotación sexual de la mujer.

solución. De manera distorsionada y opresiva demuestra que los deseos pasivos y los impulsos polisexuales de los hombres no desaparecen, que en estos perdura un profundo anhelo de expresar y celebrar libre y plenamente el deseo sexual. La pornografía, indudablemente, no constituye esta expresión y celebración plenas. Pero, ¿qué se puede esperar de una sociedad patriarcal de producción ilimitada de mercancías?

Esto nos conduce nuevamente al problema fundamental. La solución a los problemas expuestos en la discusión sobre cosificación y pornografía radica en la lucha abierta contra la sociedad patriarcal, de represión excedente y clasista. La base prehistórica de estas estructuras son la escasez y la lucha por dominar la naturaleza. Por primera vez en la historia, los seres humanos tienen la capacidad de superar las sociedades de carencia. Esto, ciertamente, no significa un futuro tecnológico alocado en el cual el saqueo de la naturaleza prosiga su peligroso curso. Será, necesariamente, una lucha integral contra todas las formas de opresión sexual, de clase, de género y humana animada de una intensa sensibilidad ecológica. El objetivo es la liberación y la integración social, política, económica y sexual.

INDICE

Agradecimientos.....	3
Presentación.....	5
Introducción.....	9
La construcción de la masculinidad y la tríada de la violencia masculina.....	19
La naturaleza social e individual de la violencia y la agresión.....	21
El contexto social.....	25
La tríada de la violencia masculina.....	28
La reproducción individual de la dominación masculina.....	31
El esfuerzo de la masculinidad.....	38
La fragilidad de la masculinidad.....	40
La violencia masculina contra las mujeres.....	43
La violencia contra otros hombres.....	47
La violencia contra sí mismo.....	55
Más allá de la violencia masculina.....	57
Sexualidad masculina: Hacia una teoría de liberación.....	65
Actividad/pasividad y polisexualidad.....	70
Actividad, pasividad y bisexualidad.....	72
La bisexualidad según Freud versus la polisexualidad.....	76
Áreas de conflicto sexual.....	82
La cosificación sexual.....	83
Voyerismo y pornografía.....	89

ÍNDICE

Introducción

Presentación

Arreglos

La construcción de la masculinidad y la vida de la violencia masculina

La naturaleza social e individual de la violencia y la masculinidad

COLOFON

Esta primera edición de 3,000 (tres mil) ejemplares de HOMBRES: placer, poder y cambio, de Michael Kaufman, editada por: Centro de Investigación Para la Acción Femenina (CIPAF), se terminó de imprimir en EDITORA TALLER, C. por A., Isabel la Católica 309, Santo Domingo, República Dominicana, en el mes de agosto de 1989.

Sexualidad masculina. Hacia una teoría de liberación

Actividad pasiva y bisexualidad

Actividad, pasividad y bisexualidad

La bisexualidad según Freud versus la homosexualidad

Aires de conflicto sexual

La construcción sexual

Yo mismo y pornografía



Los Autores

MICHAEL KAUFMAN

Subdirector del Centro para la Investigación sobre América Latina y el Caribe Center for Research on Latin America and the Caribbean (CERLAC) de la Universidad de York, en Toronto, Canadá. Su primer libro es *Jamaica Under Manley: Dilemmas of Socialism and Democracy*. Actualmente trabaja en Centros de Investigación en América Central y el Caribe.

GAD HOROWITZ

Profesor de Ciencias Políticas en la Universidad de Toronto, en Toronto, Canadá, y ha escrito extensamente sobre psicoanálisis, sexualidad y política canadiense. También se desempeña como terapeuta. Es autor de: *Canadian Labour in Politics, Repression: Basic and Surplus Repression in Psychoanalytic Theory and Everywhere they are in chains*, un estudio de la teoría política de Rousseau a Marx.